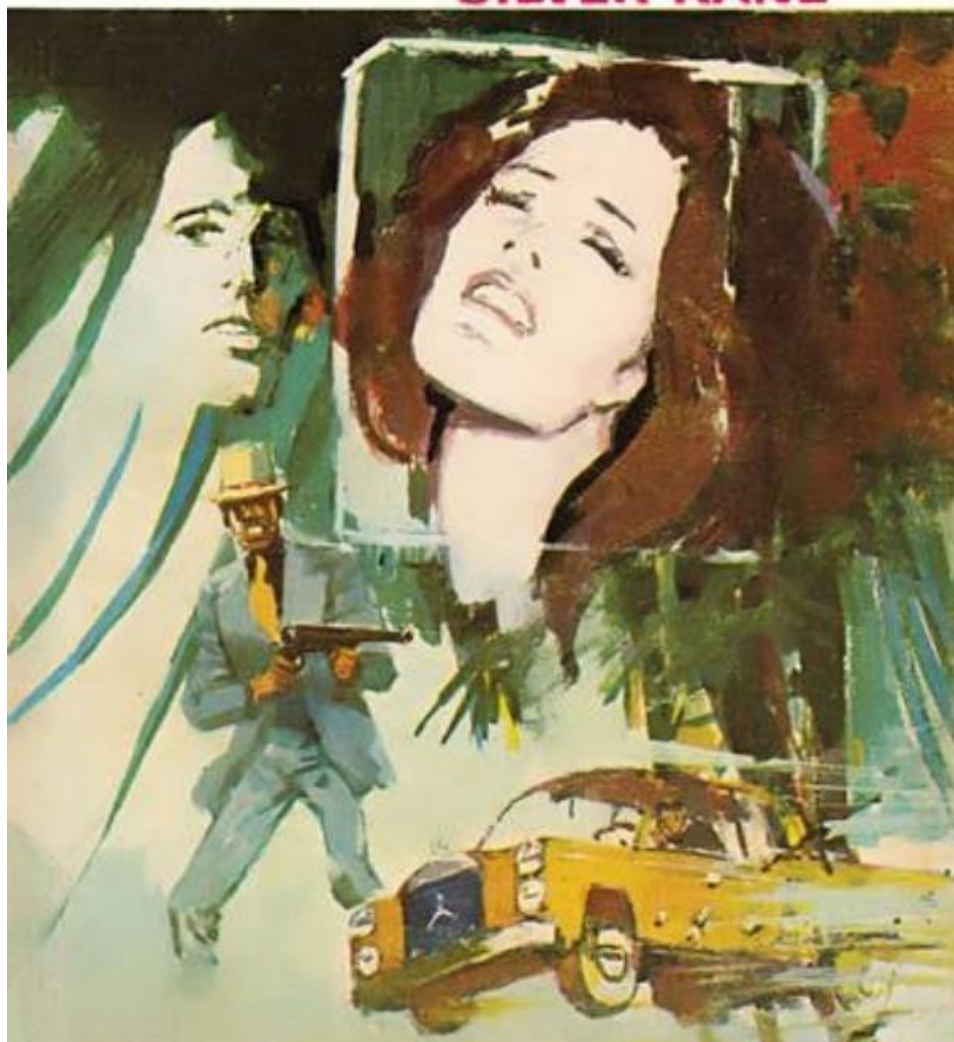




los muertos lo pasaron en grande

SILVER KANE



SS

**SERVICIO
SECRETO**



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319. — El sheriff y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.314. — Secreto oficial.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. — Infierno, capital: Dodge City.

En Colección KANSAS:

666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.014. — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:

637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

695. — Trescientos mil dólares.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

309. — La puerta prohibida.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78. — Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

15. — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección LA HUELLA:

44. — El juego del averno.

En Colección BRAVO OESTE:

777. — Muerte bajo fianza.

SILVER KANE

LOS MUERTOS LO PASARON EN GRANDE

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1322
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 39.058 – 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: diciembre, 1975

© Silver Kane - 1975

texto

© Desilo - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Mora
la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Capítulo Primero

EL ASESINO COMPASIVO

LA primera sensación de que las cosas iban a marchar mal la tuvo Clark cuando aquel tipo se le desplomó casi encima desde el piso ocho del hotel. Todo comenzó con aquella sensación alucinante de que la muerte estaba en el aire, con aquel alarido.

El taxista le acababa de dejar ante la lujosa entrada, y mientras tendía la mano para recibir la propina dijo:

—Hotel Djibouti, señor.

Clark vio el sendero bordeado de plantas tropicales, la piscina tan enorme que un tiburón se hubiera encontrado a gusto en ella, las cuatro o cinco millonarias tostándose al sol, y se dio cuenta de que no valía la pena perder una noche con ninguna de ellas.

Avanzó hacia la puerta principal, rodeada de una legión de sirvientes que se disputaban su sencillo maletín donde había solo tres cosas: un cepillo de dientes, un traje para cambiarse y un revólver con diez muescas. Claro que nadie lo sabía. Nadie sabía que Clark Madison era uno de los asesinos profesionales más cotizados de los Estados Unidos.

Miró la puerta con los ojos entornados.

Gran lujo aquel. Un lujo casi insultante. Un lujo de narices.

Casi todos los clientes del hotel eran árabes.

Jeques del petróleo. Tipos que cambiaban de esposa en media hora. Traficantes en todas las cosas prohibidas del mundo, desde armas a mujeres. Fulanos con la tripa llena de dólares. Negociantes que escupían oro. Buitres a los que hubieran encontrado platino en la orina caso de haberles podido hacer un análisis.

Pero, en fin, así es el mundo.

A dos millas de allí, en los barrios humildes de Djibouti, la gente

se moría de hambre.

Clark escupió de costado.

No se le cayó ningún dólar de la lengua.

Él no los tenía.

—¿Habitación reservada, señor?

El recepcionista salió hasta la puerta para lamerle todo lo que él se dejara lamer. Clark le miró de soslayo. Como —cosa excepcional — esta vez viajaba con su verdadero nombre, dijo con voz inexpressiva:

—Sí. Reservada a nombre de Clark Madison.

—Naturalmente que sí. Tenga la bondad de seguirme, señor. A sus órdenes, señor.

Clark fue a entrar, aunque no quiso dejar su maleta a nadie. Al fin y al cabo, allí llevaba su «herramienta de trabajo».

Y fue entonces cuando a aquel tipo se le ocurrió planear desde el octavo piso. Clark captó aquel silbido especial del aire al romperse; captó también aquel alarido que llenaba el espacio.

Él estaba acostumbrado a toda clase de situaciones y tenía reflejos, pero el pobre fulano que iba a su lado ni tenía reflejos ni estaba acostumbrado a nada. No se apartó a tiempo ni se dio cuenta de lo que ocurría. La mole humana tenía el peso de una auténtica bomba cuando se estrelló contra el suelo, junto al camino que llevaba a la piscina. El pobre lacayo que tendía la mano hacia Clark —en busca del maletín y de la propina— quedó convertido en fosfatina cuando el que caía desde el octavo piso se estrelló contra él.

Los dos parecieron desintegrarse.

La sangre saltó en todas direcciones.

Llegó hasta el agua impoluta de la piscina, donde una americana que se estaba bañando hizo un gesto de asco.

Pero, curiosamente, no manchó el traje blanco de Clark Madison, y eso que a Clark Madison no le hubiera importado. Para él, una mancha de sangre era como para un cocinero una mancha de aceite. Miró de soslayo al caído y luego elevó sus ojos hasta la ventana desde donde se le había ocurrido hacer vuelo sin motor. Se dio cuenta de que la brisa que llegaba del mar Rojo movía los batientes con suavidad, pero eso era todo. En la ventana no se veía a nadie.

El recepcionista del hotel gimió:

—Es horrible, señor, es horrible... Hacía tiempo que no teníamos ningún suicida aquí. Y ese pobre empleado... Le ha caído encima y lo ha dejado hecho una basura... Bueno, en fin, ya era una basura antes. Se trataba de un empleado provisional con el que el hotel no tenía nada que ver. Permítame, señor... Entre, entre y no se preocupe. ¡Qué bochornoso espectáculo! ¡Un suicidio en uno de los mejores hoteles del mar Rojo! ¡Eh, muchachos, retirad esta carroña de aquí! ¡Pronto! ¡Perdiendo los riñones! ¡Aprisa!

La «carroña», era sin duda el pobre empleado provisional que había muerto sin tener culpa de nada y sin saber ni siquiera lo que ocurría. Otros empleados tan provisionales como él se dispusieron a llevárselo de allí. En cuanto al tipo que había planeado desde un octavo piso, lo dejaron a un lado para que lo viese la policía.

Clark no entró aún en el hotel.

Preguntó con vez opaca:

—¿Está seguro de que ha sido un suicidio?

—¿Y qué otra cosa había de ser, señor? Aquí nadie comete crímenes.

—¿Pero por qué había de suicidarse?

—Bueno... Debía ser porque no podía pagar la cuenta.

—¿Lo conocían ustedes?

—Llegó ayer aquí. Pasaporte americano, según parece, pero poca «pasta». En la cena de anoche no pidió ningún vino de marca. No entró tampoco en la *boîte* del hotel, y eso que allí tenemos excelentes chicas. Me parece que tenía una profesión muy mal pagada. ¿Qué era? Ah, sí. Periodista.

Y el recepcionista se tapó las narices con un gesto de asco.

Al lado de un jeque árabe que gastaba cincuenta mil dólares en una noche, ¿qué era un cliente que no pedía ni siquiera vino de marca para cenar? Además los periodistas solo sirven para organizar líos, para meter las narices allí donde no les importa. Incluso cuando se les ocurre matarse tirándose desde un octavo piso te organizan el espectáculo.

Clark le dirigió una mirada que parecía distraída, pero que en realidad era como el objetivo de una cámara fotográfica. Recogió hasta los menores detalles de aquella cara crispada en una mueca de horror, de aquella boca rota, de aquellos ojos salidos de las

órbitas. Y el infalible archivo de su memoria le trajo el nombre: Robert Munt, un *free lancer*. Un periodista libre que buscaba los mejores reportajes y luego los vendía. O que al menos intentaba venderlos. Un trotamundos sin un dólar. ¿Qué hacía allí, en uno de los hoteles de más lujo del África Oriental? ¿Qué buscaba? ¿Por qué había muerto?

El recepcionista iba con la lengua fuera.

—Permita, señor. Lamento todas esas molestias, señor. Sígame, señor.

Le entregaron una llave. La de la habitación 412. Cuarto piso, por lo tanto. Clark la había reservado por teléfono, desde Addis Abeba, la noche anterior.

Le metieron en el ascensor.

La empleada era una negraza sensacional.

Y olía a lavanda, a limpio, a jabón de primera clase, a carne fresca y joven y tensa. El uniforme estallaba. Los zapatos de alto tacón, netamente occidentales, hacían que aún pareciera más alta.

—Octavo piso —dijo Clark.

—Creí que tenía el cuarto, señor.

—No, no... Es el octavo.

Ella tomó aquello como un capricho netamente occidental y le dejó en el piso que Clark indicaba. Cuando él ya estaba saliendo del ascensor, musitó:

—Las seis, señor.

—¿Qué quiere decir eso de «las seis»?

—La hora en que termino el servicio, señor. Todos los clientes me lo preguntan.

Clark sonrió de una manera helada.

Le propinó un pellizco que hizo botar a la chica hasta el techo.

La empleada gimió:

—Usted es un asesino, señor.

—¿Cómo lo has notado, nena?

Y avanzó por el pasillo.

Ni un empleado para recibirle. Y eso que en el hotel sobraban.

Ni una puerta que se abriera.

Ni un alma, fuera blanca o negra.

En fin, la ley del silencio.

Allí nadie vio nada, nadie se enteró de nada. Como si el pobre

Robert Munt aún viviera después de haber planeado desde un octavo piso. Y Clark Madison sabía que para imponer a rajatabla la ley del silencio hay que ser de muy mala jeta, de mucha influencia y de mucha pasta. Eso indicaba que iba a enfrentarse a gente grande de verdad, a gente con toda la mala baba.

Pero no le importaba.

Al contrario, Djibouti empezaba a parecerle una ciudad divertida.

Vio la única habitación abierta,

La brisa del mar Rojo aún hacía oscilar los batientes que habían constituido la última visión de un hombre.

Clark entró.

La mala baba se olía allí.

Y se olía el hachís mascado.

Y la ropa un poco sudorosa.

Y se notaba el cañón del revólver clavándose en su nuca.

El fulano que había aparecido a su espalda barbotó en árabe:

—Lárgate de aquí, sucio americano. Te has equivocado de ratonera.

Clark entendía el árabe.

Entendía de pistolas y sabía que aquella era una «Beretta» del nueve largo.

Entendía de hombres que van a morir.

Por eso dijo amablemente:

—Me han contado que acaba de quedar libre esta habitación.

—¿Cómo lo sabes?

—El inquilino ha volado.

—¿Y a ti qué te importa?

Clark dijo con la misma suave amabilidad:

—A mí no me importa nada, pero a ti menos.

Y movió de revés la pierna derecha, en un gesto «de espuela» que clavó el tacón en el bajo vientre de su enemigo.

Este disparó con el silenciador.

Pero Clark Madison ya había inclinado el cuerpo hacia adelante con el mismo movimiento fulgurante. La velocidad de su cabeza para huir de la línea de fuego fue superior a la de su enemigo para apretar el gatillo.

A cualquiera le hubiese parecido increíble. Y además...

Hay tacones y hay tacones.

Los de Clark Madison eran muy especiales. Terminaban en una punta casi invisible, pero que se clavaba como un aguijón cuando golpeaba con furia en algún sitio. El árabe que mascaba hachís tuvo motivos para pensar que aquel aguijón le había llegado hasta el estómago después de atravesar todo el bajo vientre. El terrible dolor le hizo lanzar un alarido que a la fuerza hubo de oírse en todo el hotel.

Aun así, hubiera pedido salvar la vida.

Al fin y al cabo, el golpe no era tan grave. Un par de meses caminando con las piernas arqueadas y sin poder sentarse. Total, nada. Pero el fulano quiso disparar otra vez. Se puso tonto. Se le ocurrió pensar que, puesto que había liquidado a un hombre aquella mañana, podía liquidar a otro.

Lástima de ocurrencia.

Clark le puso una mano en el bajo vientre.

El dolor y el aullido se reprodujeron.

Lo levantó a plomo.

Más aullidos.

Lástima que el fulano aún insistiera en disparar.

Clark tomó impulso.

Lo lanzó como un lanzador de peso se deshace del paquete. Lo vio volar meteóricamente hacia la ventana.

¡Qué gran vista la que se distinguía desde el octavo piso!

Lástima que fuera tan breve.

Clark Madison lo vio planear.

Pero este tomó más impulso que el periodista americano.

Se estrelló en el borde mismo de la piscina. Ahora sí que un surtidor rojo tiñó el agua. La turista millonaria salió a toda velocidad echando pestes mientras una serie de gritos resonaban en todo el hotel.

Aquello sí que se había transformado en una escuela de vuelos sin motor. Lo que pasaba era que a todos los alumnos los suspendían.

Clark Madison fue de nuevo hacia el ascensor. Pulsó el botón de llamada. La chica opulenta le abrió la puerta de color dorado.

—¿Piso, señor?

—Ahora el cuarto.

—¿Qué habitación tiene?

—La 412.

—Está ocupada por una señorita, señor.

Clark entrecerró un momento los ojos mientras los pensamientos se agolpaban en su cráneo. Por todos los diablos. De modo que ella ya había llegado. De modo que era verdad...

Nikky Palermo se lo había dicho la noche anterior en Addis Abeba. Se lo había pedido mientras le señalaba con el dedo:

«Mira. Clark, este trabajo te lo han encargado a ti, pero tenían que habérmelo encargado a mí. Me envían a Nueva Delhi a recoger unos documentos mientras que a ti te envían a Djibouti para cargarte a Armand Salem. Estas cosas son normales en nuestro oficio, y supongo que son también necesarias porque así se despista a cualquiera que nos oiga. Se cambian las misiones en el último momento y en paz. Pero lo malo es que yo ya había quedado en Djibouti con una chica, con una bailarina a la que conocí en Dahomey. Le he enviado algún dinero para que me esperara en el hotel.»

Clark había arqueado las cejas con un gesto de disgusto.

Las muertes y el trabajo, en su opinión, no debían mezclarse. El olor a hembra bien limpia y el olor a cadáver bien sucio no acaban de encajar bien. Pero, ¿qué se le iba a hacer? Nikky Palermo tenía sus cosas.

«Le envías más dinero y que se largue —le había dicho—. Si a ti te mandan a Nueva Delhi, ya no puedes aprovecharla. Olvídate de ella.»

«Es que no puedo olvidarla. La chica me interesa más que las otras, y además corre peligro. No sé cuál es, pero corre peligro. Me dijo que me necesitaba. Y voy a pedirte un favor, Clark. Sé que vas a hacérmelo.»

«Claro que te lo haré. Cualquier cosa, menos meterme en líos de faldas.»

«Sí, ya sé que tú nunca mezclas las mujeres con el trabajo. Pero es que a esta quiero que la veas, quiero que le asegures que pronto me reuniré con ella. Y si necesita algo, sea dinero o sea un pasaporte falsificado, proporciónaselo. Para ti puede significar cinco minutos de trabajo, pero para ella es muy importante. Aunque desconozco los detalles, sé que está en peligro.»

Clark Madison había hecho una mueca afirmativa.

Bueno, a los amigos hay que hacerles los favores que te piden. Y hay que ponerles a buen recaudo a las mujeres, porque no saben cuándo van a necesitarlas.

De modo que había preguntado con un gruñido:

«¿Dónde la encontraré?»

«Ella me ha dicho que tiene la habitación 412. Pide tú la misma.»

«¿No se extrañarán?»

«Demasiado sabes que no. En esos hoteles de superlujo del África Oriental casi consideran normal que a un tío le espere una tía.»

Y Clark había dicho:

«Procuraré hacerla feliz.»

Pero Nikky Palermo sabía que podía estar tranquilo. A las mujeres de los amigos, él no les tocaba un pelo.

Por eso ahora Clark Madison estaba en el buen camino para llegar a la habitación 412. La negraza de los altos tacones musitó:

—Puedo adelantar la hora de salida, si quiere.

—Tendría demasiado trabajo con dos —dijo Clark.

La negraza silabeó:

—La otra que se muera.

Buenas chicas las negrazas del África Oriental. Hacen feliz al prójimo, pero odian a la prójima. Clark chascó dos dedos y entró en la habitación 412.

Allí tenía que esperarle la mujer, a menos que se hubiera ido.

Pero no, no se había ido.

Ni se iría.

Colgaba de una lámpara.

Un fino cordón hecho con hilos de oro ceñía su cuello.

Pero la chica debía haber muerto sin sufrir.

Su expresión era resignada, casi plácida.

Sus manos estaban unidas en actitud de orar.

Seguro que no había intentado defenderse.

Clark vio sus líneas mórbidas, opulentas; vio sus veinte años destrozados de repente; vio su color negro, pero de un negro muy claro, tanto que en algunos aspectos podía parecer una exótica mujer blanca.

Junto a ella había un hombre llorando.

Aún tenía en sus manos parte del cordón con el que había ahorcado a la chica. Aquel precioso y extraño cordón hecho con hilos de oro.

Apenas miró a Clark.

—¿Por qué no me mata? —gimió—. ¿Por qué no acaba de una vez?

Clark extrajo su revólver del maletín.

Un «Magnum».

Un petardo de dos kilos de peso que hubiera podido ponerse dignamente en la popa de un acorazado. Un revientacabezas que disparaba hoy y aún tenía retroceso pasado mañana. Claro que había que saber manejarlo, y Clark Madison lo sabía. El «Magnum» era su juguete, su marca de cigarrillos preferida. La música del «Magnum» era su canción de cuna.

—Con mucho gusto, hermano —dijo—. Que Alá te acoja en su paraíso sin hacerte pagar entrada.

Y le puso el cañón entre las dos cejas.

Capítulo II

UN REGALO PARA EL VIAJE

IMPOSIBLE saber si hubiera disparado o no. Había momentos en que la expresión de Clark Madison no parecía humana, momentos en que parecía no sentir nada y, por lo tanto, tampoco pensar nada. Momentos en que era una máquina, y las máquinas nunca se sabe lo que van a hacer.

Pero el fulano susurró entonces:

—Lo he hecho por compasión.

Clark le acariciaba una ceja con el punto de mira.

—¿Compasión? —musitó.

—Era mi deber.

—¿Deber?

—Ningún miembro de nuestra tribu ha sido jamás esclavo. Antes morimos. Hemos estado muriendo por ese motivo desde el siglo XV.

Clark retiró el revólver poco a poco. Su cara seguía siendo impasible y seguía sin reflejar ninguna emoción, pero debajo de su piel rugía la tormenta. Con voz que era apenas un soplo, preguntó:

—¿De dónde vienes?

—De Cotonou.

—Cotonou es un sitio bastante triste de Dahomey, en el otro lado de África, ¿no? Yo he estado en esa ciudad dos veces. Mala tierra aquella, aunque tenga las mejores mujeres de todo el continente. ¿Qué hacías tú allí?

—Era sacerdote. Bueno, lo que ustedes llaman brujo.

Clark lo miró mejor. El hombre no desentonaba ni siquiera en un hotel de lujo como aquel. Iba muy bien vestido, aunque se notaba que le faltaba costumbre y que se encontraba raro dentro de aquellas ropas que eran una novedad para él. Usaba incluso un reloj

de oro pero sus ojos primitivos seguían delatando la inocencia de África, el terror de África, el misterio de África que ni siquiera en nuestra era atómica ha dejado de ser el misterio del primer día de la Creación.

—¿Y ella qué era? —preguntó Clark con una calma glacial.

—Bailarina.

—De eso sé algo.

—Usted es Nikky Palermo, supongo —dijo el negro, alzando hacia él sus ojos llorosos—. ¿Por qué no me mata? Lo he estado esperando para eso.

—¿Le habló ella de mí?

—Sí. Me dijo que se querían.

—¿Dónde había trabajado ella?

—¿Usted es Nikky Palermo y no sabe eso?

—¿Dónde había trabajado ella? —insistió Clark con una voz glacial, mientras le clavaba sus dedos de acero en la garganta.

—En sitios de poca monta. No ganaba demasiado dinero.

—Pues era preciosa...

—Sí, pero demasiado mujer.

Clark dirigió un vistazo a la muerta. Sí, demasiado mujer. Las negras de Dahomey poco tienen que ver con la constitución de la mujer blanca. Su estatura pasa del metro ochenta y sus líneas son mucho más turbadoras, mucho más rotundas, mucho más femeninas —entendiendo la palabra en su sentido primitivo— que las de la mujer europea. Si el sexo es una fuerza de la Naturaleza, esa fuerza de la Naturaleza yace en el cuerpo de esas mujeres, desde el principio de los siglos, como una llamada.

No parecía extraño, pues, que resultara «demasiado» para un escenario. A veces el exceso de belleza abrumba. Asusta un poco. El espectador blanco está acostumbrado a las mujeres más delicadas y más finas, menos impresionantes. A mujeres que no escapen de las dimensiones del mundo que les resulta habitual.

Los pensamientos de Clark Madison eran un volcán.

Pero el árabe —se decía— piensa de distinto modo. Las fuerzas de la Naturaleza influyen más en él que en el hombre occidental. Por eso, desde los albores del tiempo, ha estado persiguiendo para sus harenes a las mujeres de Dahomey. Ha pagado expediciones que atravesaron el Sahara para raptarlas, las ha comprado a precio de

oro en los mercados de esclavas, las ha transportado de un lado a otro de África, las ha embarcado en el mar Rojo, las ha encerrado en suntuosos harenes del Golfo Pérsico y las ha destruido día a día, hasta ser llegada la hora de sustituirlas por otras. Eso ha pasado desde los albores así tiempo. ¿Pasaba lo mismo hoy?

¿Volvían a imponer los árabes su ley, ahora que en África ya no mandaba el hombre blanco?

El negro estaba llorando.

Con voz que era un susurro suplicó:

—¿Por qué no me mata?

—Puede que lo haga, pero antes vas a contestarme un par de preguntas. La primera es: ¿iban a convertirla en una esclava?

—Sí. Se la pensaban llevar más allá del mar Rojo.

—¿Y tú la has matado por compasión?

—Ninguna de nuestras mujeres ha sido esclava si ha tenido tiempo de matarse antes. O si ha podido hacer que la matara el brujo de su tribu, el que guarda las viejas tradiciones del honor.

—¿Por eso lo has hecho?

—Sí.

—¿Ella te lo pidió?

—No. Ella sabía que llegaría Nikky Palermo para salvarla, pero yo, en cambio, sabía que Nikky Palermo no podría llegar a tiempo.

—¿Es que iban a llevársela esta misma mañana?

—Van a hacerlo ahora. Pero cuando lo hagan se tendrán que ir con las manos vacías. Ella estará ya muerta.

—Y ese cordón hecho con hilos de oro, ¿tiene algo especial que ver?

—Es un cordón ritual. Sería indigno usar otro.

—¿Ella no se ha resistido?

—No, claro que no. Sabía que yo no la haría sufrir. Y sabía que era mejor así, que con su entrada en el Más Allá, en el reino de los espíritus, se libraba para siempre de las tinieblas y de una vida de espantosas humillaciones. Una vida completamente indigna de ser vivida.

Clark se había remetido calmosamente el «Magnum» entre la camisa y el pantalón. Con voz que era extrañamente plácida, preguntó:

—¿Iba a comprarla algún jeque árabe?

—Sí.

—¿Y qué pagaría por ella?

—Treinta mil dólares. Con los beneficios del petróleo, esa gente gasta fabulosas fortunas en todos los placeres que el mundo puede ofrecer. Uno de esos placeres consiste en comprar las mujeres más guapas del mundo, pero solo a las negras pueden convertirlas en sus esclavas de un modo permanente. Esta iba a ser una de ellas. Las blancas les resultan más difíciles.

—¿Y cómo la compraban si no estaba en venta? ¿A quién iban a pagar los treinta mil libras de impuestos?

—A la organización que la raptaría.

—¿La perseguían?

—Ella sabía que estaba perdida. Sabía que en ningún lugar del mundo iba a poder ocultarse ya.

—¿Quién forma esa organización?

El negro volvió a alzar hacia él sus ojos suplicantes.

—Por favor... No me haga tantas preguntas. No lo sé. Si lo supiera, en lugar de matarla a ella los hubiera matado a ellos. Y aún no pierdo la esperanza de lograrlo.

Clark Madison fue hacia un lado de la habitación. Había en ella una nevera con bar. Por algo aquel hotel era un hotel de cien pares de narices.

Preparó un whisky.

—¿Bebes?

—No —musitó el negro.

—¿Eres mahometano? ¿Tienes prohibidas las bebidas alcohólicas?

—No, pero es que no tengo fuerzas para tragar.

Clark masculló:

—Yo sí.

Se lo zampó de un trago.

Luego gruñó:

—¿Qué haces con el cadáver?

—Lo tendré aquí hasta que se presenten los que iban a raptarla. Entonces... Bien... Entonces, ya que usted no ha querido matarme tendrán que hacerlo ellos. Pero todo será distinto. No se irán de vacío.

Clark se preparó otro whisky.

—A la salud de los muertos —dijo.

—¿Qué muertos?

—Los que pienso fabricar.

—Oiga, yo...

—Lárgate.

La voz de Clark era helada, seca. Y había en sus ojos una llamita febril que hizo estremecer al otro.

—¿Va a llamar a la policía? —bisbiseó.

—Supongo que la policía de Djibouti no se mete en asuntos donde, de cerca o de lejos, intervienen los millonarios árabes. Solo la avisaré cuando tengan que llevarse a los muertos con una excavadora. Porque los habrá a montañas. Hala, lárgate. A tomar viento. Date el piro o te meto tal patada en tus negros intestinos que te los saco blancos por la boca.

No podía decirse que Clark Madison pudiera ponerse a hablar en la Real Academia, pero tampoco le hacía maldita la falta. Sus únicas palabras cultas las empleaba cuando rezaba por los muertos. El negro pareció entender eso con una sola mirada y se dio el piro en dos saltos.

Clark quedó solo.

Por unos momentos pensó en Nikky Palermo. Luego descolgó el teléfono pensando llamarle a él, pero cambió de opinión y discó el número de la Hertz, una agencia internacional donde se pueden alquilar coches.

—Necesito un «Cadillac» con maletero grande —dijo—. No importa el precio.

—Perfecto, señor. ¿Necesita ir muy lejos?

—Depende. ¿A qué distancia está el cementerio?

—¿Cómo dice, señor...?

—Oiga, ¿hay cementerio aquí o dejan a los fiambres en los escaparates para ver si los saldan en los meses de rebajas?

—Claro que hay cementerio, señor. El de los blancos está a unas diez millas de Djibouti. Y ya comprendo lo que usted quiere, señor. Va a un entierro y necesita mucho espacio porque transportará una montaña de coronas.

—Sí, eso es —dijo Clark—. A mí siempre me gusta despedirme en grande. Deje ese coche dentro de quince minutos en la puerta del hotel. Pagaré al alquiler de tres días por adelantado, aunque es

posible que lo tenga menos tiempo.

Y colgó mientras encendía un cigarrillo.

No quiso mirar a la muerta.

Seguía pensando en Nikky Palermo que ahora estaría en Nueva Delhi dándole al gatillo. Seguía pensando en su miedo. En su premonición de que a la mujer que él amaba iba a ocurrirle algo.

Se preparó otro whisky. Uno necesita estar en forma cuando va a presidir unos funerales en masa.

Perdió la noción del tiempo porque los pensamientos le atormentaban, le ahogaban. Porque le hacían daño.

Y de pronto el teléfono:

—Su coche está en el jardín posterior, señor.

—Gracias.

Clark bajó en el ascensor. El servicio no estaba ahora a cargo de la negraza, sino de un negrazo que también quiso decirle la hora a que salía. Clark Madison por poco lo cuelga de un cable.

El jardín posterior era una maravilla tropical, era una delicia, era un Edén del siglo XX. Las plantas más raras y costosas se encontraban allí. Pájaros traídos de toda África alegraban el ambiente con sus cantos y sus colores. No faltaban ni los pavos reales. Una cascada de agua llevaba el líquido a una segunda piscina donde había clientes excéntricos que se bañaban desnudos las noches de luna.

Clark pensó: «La monda.»

Y vio el «Cadillac».

Buen cacharro aquel. Buen motor y buena tapicería. Buena suspensión para ir cómodo al cementerio.

Abrió el capó posterior para ver si cabían en el portaequipajes todos los muertos que pensaba meter.

Y sí: hubieran cabido.

Pero ahora ya había allí un ocupante.

Al brujo negro, que había matado por compasión a la chica del 412, lo habían cosido a puñaladas. La cosa era tan reciente que aún brotaba la sangre. Al igual que el hombre que había caído desde el octavo piso, los ojos se le salían, de las órbitas y la boca estaba crispada en una última expresión de horror.

Clark bajó la tapa.

No tuvo ninguna sorpresa.

El negro había intentado matar a los que querían raptar a la muchacha, pero esa clase de festivales no se pueden organizar si uno no es un profesional. Había querido hacer una escabechina y la escabechina la habían hecho con él. Por lo menos tenía doce puñaladas en el cuerpo.

Era un buen regalo para el viaje que pensaba emprender Clark Madison.

Pero en la cara de este seguía sin haber expresión alguna.

Y siguió sin haberla cuando vio a aquellos cinco hombres que venían hacia él. Cuando se dio cuenta de que había hecho bien en preguntar la distancia hasta el cementerio.

Porque sin duda iban a llevarle allí. Aunque a los muertos no les llevan andando...

Capítulo III

DAN GUSTO LOS HOMBRES TRANQUILOS

A lo largo de su vida, Clark había visto montañas de buitres como aquellos. Eran gente preparada para pelear, gente preparada para matar sin enterarse siquiera de lo que hacía. Más o menos como él, claro. En este sentido, Clark Madison hubiera podido enseñarles unas cuantas cosas.

Le parecieron pájaros de nacionalidad indefinida.

Podían ser árabes, pero quizá había entre ellos también algún sudafricano. Ninguno contaba más allá de veinticinco años. Los bultos de las armas que llevaban debajo de la ropa hacían que casi estallaran sus chaquetas.

Clark les miró de soslayo.

Puso las manos en el techo del «Cadillac».

—¿Qué, muchachos? —preguntó—. ¿Me acompañáis?

Su tranquilidad pasmosa pareció desconcertar por unos instantes a aquellos buitres. Fue cuestión de unos segundos. Se miraron como si no entendieran.

Y Clark se lanzó entonces a tierra, entre las ruedas del vehículo, con un movimiento centelleante. Su rapidez fue tal que hasta dio la sensación de haberse desintegrado en el aire. Los cinco hombres que estaban al otro lado del «Cadillac» llevaron instantáneamente las manos a las fundas sobaqueras.

Pero Clark, mientras volaba hacia las ruedas, ya había extraído el «Magnum» que llevaba entre la camisa y el pantalón. Hizo fuego sin esperar a tocar tierra.

Tenía muy bien tomadas las distancias a los «Cadillac». Había pedido un coche de esa marca no solo por la capacidad del maletero, sino porque últimamente llevaba tiempo entrenándose

con los portaaviones de ese tipo. Sabía que las balas de sus enemigos podían destrozar los neumáticos, pero jamás atravesarían la enorme coraza de las ruedas. Sabía también que la altura del vehículo le permitiría disparar por debajo de este con un ángulo de elevación muy bien calculado. Y ay de quien estuviera en la línea donde terminaba aquel ángulo.

Un tío estaba allí.

Justo con la cabeza adelantada.

Con la boca abierta.

Lanzando maldiciones.

Y de pronto quedó mudo.

El plomo se le había llevado por delante media cabeza. El «Magnum» tuvo tal retroceso que a Clark hasta le dolió la mano: en esto tuvo menos suerte su víctima: no le quedó tiempo para que le doliese nada.

A los otros les pareció una alucinación ver salir despedido a su compañero a varios metros de distancia. Dispararon rabiosamente contra el «Cadillac», con un movimiento impulsivo, pensando que las balas atravesarían toda la carrocería y llegarían hasta el hombre que estaba detrás.

En efecto, las balas de calibre pesado atravesaron todo aquello, pero Clark estaba materialmente metido detrás de una de las ruedas. Sus entrenamientos con aquel tipo de coche le habían permitido calcular cada movimiento al milímetro. Y asomó junto al tubo de escape mientras uno de sus enemigos intentaba dar la vuelta.

Mala suerte para él. No llegó a enterarse ni de cuál era la matrícula del «Cadillac».

La bala le envió contra la piscina donde los millonarios se bañaban desnudos en las noches de luna. Fue también una especie de vuelo sin motor. A aquella distancia, el proyectil del «Magnum» era capaz de cambiar de sitio una vaca.

Los otros tres individuos se miraron desconcertados. Por un instante no supieron adonde acudir. A un espectador imparcial, aquella vacilación le hubiese parecido muy breve, pero a Clark le dio la sensación de que se pasaban todo el fin de semana dudando. Contó incluso con más tiempo de lo que él esperaba.

Y apareció por la parte delantera del lujoso coche. Cada

movimiento era un prodigio de rapidez y perfección, puesto que los tenía ensayados al milímetro. Los tres fulanos que estaban mirando el coche perforado, ni siquiera se dieron cuenta de lo que ocurría.

Bueno, dos de ellos sí que se dieron cuenta en cierto modo. El tercero nada de nada. La bala le penetró por la sien izquierda y le salió por la derecha. Todo el cuerpo tuvo una terrible crispación en el aire.

Los otros dos giraron sus armas.

Pero estaban aterrados.

Jamás se habían enfrentado con un tipo tan inhumano, con una tan ciega máquina de fabricar muertos.

Clark disparó una vez más. Aquellos pájaros estaban acostumbrados a luchar con gente fácil y por eso fallaban al enfrentarse a un tipo de verdad difícil, un tipo con agallas y con la cascara bien dure. El proyectil de Clark Madison dejó al cuarto de sus enemigos clavado en el coche como si fuera un adorno del «Cadillac».

El último tenía la boca cómicamente abierta.

No podía ni respirar.

—No lo haga... —balbució en árabe—. No lo haga...

El miedo le salía hasta por las narices. Sus orejas le temblaban. Era una ruina, una filfa, un saco de basura con el que Clark Madison no hubiera sabido qué hacer.

O al menos no lo hubiera sabido en otras circunstancias, pero ahora sí. Dijo con su voz más amable:

—Suelta esa roña que llevas en la mano.

El otro dejó caer su pistola,

Clark siguió ordenando con la misma voz llena de comprensión y cariño:

—Y ahora, hijo de loba, cerdo sarnoso, escorpión parido en una cloaca, ponte al volante y llévame de paseo. Los dos vamos a dar una vuelta.

—¿A... dónde?

—Di una palabra más y te clavo una bala entre las cejas.

El otro no dijo una palabra más: Se quedó mudo de repente. Sentándose al volante, intentó la última treta dejando a Clark en tierra. Pero cuando quiso meter la primera, ya Clark le había metido una bala en la oreja derecha. El proyectil siguió su camino y

atravesó el techo del vehículo. Clark lo sintió por el «Cadillac», pero no lo sintió en absoluto por la oreja.

El otro bramaba de dolor.

—Con una oreja de menos puedes conducir igual —elijo Clark Madison suavemente—. Y ahora, larguémonos de aquí. Los disparos se han oído en todo el hotel y los criados van a venir de un momento a otro. Seguro que me piden propina por llevarse a los muertos.

El otro arrancó a pesar del dolor lacerante que sentía. Condujo como una bala por la carretera que llevaba a la playa. Clark Madison se dio cuenta de que pensaba estrellarse para ver si así se mataban los dos. Bruscamente aquel pájaro parecía haber comprendido que Clark no le dejaría vivo, de modo que más valía acabar de una vez.

El hombre que acababa de llegar desde Addis Abeba sabía eso y sabía también que su piel no valía diez centavos si se estrellaban a aquella velocidad, pero no se inmutó. Poniéndose un cigarrillo entre los labios dijo:

—¿Dónde teníais que reuniros con vuestros jefes después de matarme?

Silencio.

—¿Dónde tenéis la guarida?

Silencio.

—¿Quién os paga?

Silencio.

—¿Con quién tienes que ponerte en contacto ahora?

Ruido.

Clark Madison acababa de disparar.

No le gustaba tanto tiempo de silencio cuando iba de viaje.

Y además se daba cuenta de que acababa de llegar el instante decisivo. El «Cadillac» había invadido el lado izquierdo de la carretera e iba en línea recta, a ciento ochenta por hora, contra un camión frigorífico que avanzaba en dirección contraria. En el choque no solo quedarían pulverizados los dos, sino que también reventarían los dos que iban en la cabina del camión, sin tener ninguna culpa. Porque chocar de frente contra un «Cadillac» no es chocar contra un «Seiscientos».

La bala atravesó la cabeza del conductor.

Clark dijo suavemente:

—Lástima. No me has dejado otro remedio.

Y se inclinó con fulgurante rapidez para tender una mano hacia el volante. Le dio solo un cuarto de giro, pero fue lo suficiente para pasar rozando el camión. Lo curioso fue que los que estaban en la cabina no se dieron ni cuenta. Los dos iban dormidos.

El «Cadillac» dio una serie de bandazos, pero al final terminó volviendo a la línea recta y al fin se caló. Clark Madison bajó entonces, sacó el cadáver y lo dejó en un borde de la carretera. Esta aparecía desierta por completo. Solo a lo lejos se distinguían las enormes extensiones de cocoteros que llegaban hasta la playa.

Registró el cadáver.

Vio que no llevaba documentación.

Normal.

Vio que llevaba mucho dinero.

Normal.

Clark se lo quedó para los gastos. Al fin y al cabo, iba a tener que pagar casi un «Cadillac» nuevo de su bolsillo.

Vio que llevaba la factura de una sala de fiestas.

Normal.

Y una cajita de fósforos con el membrete de un hotel. También era normal, pero se daba la circunstancia de que el hotel y la sala de fiestas pertenecían a la misma cadena. Era una red de lujosos establecimientos que estaba repartida por todo el mar Rojo.

Clark Madison subió en el «Cadillac». Este seguía funcionando perfectamente. Lástima que la tapicería estuviera tan manchada de sangre.

Y decidió ir a alojarse por el momento a cualquier establecimiento de la playa donde no le conociera nadie. Ya tendría tiempo para volver al Djibouti y a la habitación 412.

Mientras ganaba velocidad murmuró:

—Espero que todos esos entierros me permitan pagarlos a plazos...

Capítulo IV

LA RED DORADA

CLARK MADISON alquiló una magnífica habitación con vistas sobre el mar. Compró un traje nuevo en la *boutique* del hotel. Se dio un baño y cenó a las seis. Pidió vino de marca. Él no tenía que ahorrar como el pobre Munt, que además, de todos modos, estaba ya muerto. Dólar más o dólar menos no cambian el destino de un hombre.

Bebió un «Napoleón» reserva especial 1907 con el café.

Se puso entre los labios un «Dunhill».

Sonrió amablemente.

Acarició la pistola.

Y atizó a la ascensorista un pellizco que la hizo saltar hasta el techo. ¿Por qué cuerno todas las ascensoristas de Djibouti tenían aquellas posaderas tan estupendas?

—Me faltan cinco minutos para salir —dijo ella.

—Lo siento, nena. Cinco minutos son media vida. No puedo esperar tanto.

Y tomó un taxi.

Recordaba perfectamente la dirección de la sala de fiestas, cercana a la playa. Recordaba también que estaba perdiendo el tiempo, pues aquella misión no era precisamente la que le habían encomendado sus superiores de Washington. Al contrario, le habían pedido que no se metiese en líos para no llamar la atención. Pero la vida resultaría aún mucho más aburrida de lo que es si encima uno se dedicara a hacer todo lo que le mandan los jefes.

Anohecía cuando llegó, si es que en la costa del mar Rojo anochece alguna vez. Era la mejor hora. Los hombres que llegaban desde el otro lado del golfo Pérsico se hacían conducir en lujosos

«Rolls» a las salas de fiestas, mientras docenas de muchachas que soñaban con dejar para siempre su vida de hambre, se disponían a complacerles. Toda aquella costa estaba llena de dinero, de vicio, de miseria, de podredumbre y al mismo tiempo de esperanza. Era una especie de mundo mágico y a la vez demoledor donde se daban todos los contrastes y todas las impiedades. A muchos les hubiera parecido fascinante y a otros les hubiera producido repulsión. En Clark Madison no generaba más que una atroz influencia.

O al menos lo parecía.

Pero dentro de su cráneo, cuando entró en la sala de fiestas, sus pensamientos eran un volcán.

Vio aquel ambiente que ya conocía de otros lugares del mar Rojo. Incluso en la miserable Addis Abeba, a mucha distancia de allí, los había de aquel calibre.

Un lujo oriental.

Plata y caoba por todas partes.

Y ébano.

Ébano de primera clase.

El ébano en las pieles de las chicas, en sus caras expectantes, en sus caderas casi desnudas, en sus piernas largas. Ébano llegado desde los rincones más penumbrosos de África. Ébano que no tendría más allá de diecisiete años de vida.

Y los clientes de siempre.

Gordos jeques del petróleo.

Algunos ingenieros empleados en el golfo Pérsico.

Banqueros que estaban jugando a todo tren la carta de los petrodólares. Y hasta algún asesino fino que estaba acechando la oportunidad de dar el golpe de su vida, sin reparar en muerto más o muerto menos.

Clark Madison vio las caras que se volvían hacia él.

Rostros un poco ansiosos de chicas.

Las que «trabajaban» allí llevaban tiempo sin ver unos hombros tan cuadrados, unos ojos tan fríos, una mandíbula tan recia. Llevaban tiempo sin captar hasta el fondo de su sensibilidad aquella misteriosa sensación de potencia que daba un tipo como Clark Madison.

Este se acercó a la barra.

Un lugar discreto, al fondo de todo.

Un lugar tranquilo donde los haya.

Y un camarero amable por encima de todo.

El camarero le mostró unos enormes dientes de oro mientras sonreía.

—¿Qué le apetece, señor?

Y por poco le puso la pistola en el cuello.

Había que ver con qué habilidad la acababa de sacar de la manga. Ni un prestidigitador lo hubiera hecho mejor. Para hacer trampas con los naipes, aquel tipo no hubiera tenido precio.

—Diga... ¿qué le apetece?

Clark miró la pistola.

Una pequeña «Browning» calibre especial. No llegaba al siete. Pero a aquella distancia, y teniendo en cuenta que posiblemente cargaba balas dum-dum, le dejaba hecha fosfatina la cabeza.

—¿Me estabais vigilando? —preguntó Clark con una calma glacial.

—Desde que saliste del hotel Djibouti, perro.

—Sabíais que iba a venir aquí, ¿verdad?

—El cadáver de Pietro ha aparecido en la carretera con la cabeza destrozada. Y le faltaban el dinero y los papeles. Como los papeles contenían esta dirección, no era difícil suponer que acabarías descolgándote por aquí. Aunque, eso sí, para hacerlo como lo has hecho tú hace falta estar loco.

Una sonrisa cuadrada apareció en los labios de Clark Madison. Sí, definitivamente Djibouti era una ciudad la mar de divertida. Lamentaba no haberlo descubierto antes, porque lo hubiera pasado en grande.

—Tú tienes de camarero tanto como yo de obispo, ¿no? —preguntó con voz helada.

—Todos los que hay en la barra son pistoleros de la casa.

—Ya lo veo por lo mal que sirven. O sea que, me plantara donde me plantara, caía con uno de vosotros, ¿no?

—Ya has caído, macho.

Clark seguía teniendo la misma expresión tranquila. Sabía, sin embargo, que aquel pájaro iba a disparar. Sabía también que nadie se inmutaría allí cuando le vieran caer. Sabía también que luego partirían su cuerpo en cuatro pedazos, lo meterían en cuatro barriles de petróleo y luego los hundirían en las aguas del golfo

Pérsico. Muchas mujeres que habían querido huir a su destino habían acabado de aquella forma.

—Tal vez un whisky para despedirme de este mundo no estaría de más —dijo Clark—. Pero quiero por lo menos un «Chivas» de doce años.

Y señaló con la derecha la botella. Sabía perfectamente que su enemigo no iba a seguir con la mirada la dirección que él indicaba, porque eso sería demasiado elemental. No podía pretender que el otro volviese la cabeza como un parvulito. Pero sí que durante unas décimas de segundo mirara la mano derecha para vigilarla.

Y él movió simultáneamente la izquierda.

Fue instantáneo, fulminante.

El otro no se dio ni cuenta. Solo notó que una especie de cuchilla le había segado en dos todos los huesos de su muñeca.

Y no era una exageración. Porque, en efecto, en la palma de la mano izquierda de Clark Madison había una cuchilla de acero. También él se podía sacar cosas de la manga, aunque solo fuera por hacer la competencia.

El golpe fue tan seco que la víctima no sintió dolor. Aunque prácticamente la mano le quedó separada del brazo, intentó apretar el gatillo. Y ya no pudo. Sus dedos eran de pronto una cosa muerta, una cosa sin fuerza, sin vigor, sin sangre.

No chilló.

Le faltaban fuerzas hasta para eso.

Pero miró a Clark Madison con unos ojos enormes, con unos ojos aterrados donde se leía la más absoluta incompreensión. De repente comprendió que estaba en presencia de la mismísima muerte.

Nadie en la barra se había dado cuenta de aquello. Los pistoleros que atendían los otros sectores pensaban que Clark estaba «seguro» y dedicaban su atención a impedir que cualquier policía se filtrase en el local,

A todo esto, Clark Madison seguía sonriendo amablemente. Sus manos parecían no haberse movido. Dejó a un lado la «Browning» del otro y dijo con suavidad:

—¿Qué? ¿Hace ese «Chivas»?

—Usted es un... un...

—Un cirujano, muchacho. Corto las manos que da gusto. Y también corto los cuellos si hace falta. Tú acabas de conocer la

cuchilla de la manga izquierda, pero no quieras saber cómo es la de la derecha. Te puedo partir el gaznate en cuatro trozos en menos de dos segundos. Y lo voy a hacer si te mueves o si pronuncias una palabra más alta de lo indispensable. O si chillas al ver tu propia sangre.

Porque, en efecto, el falso camarero miraba obsesionado el líquido rojo que se extendía sobre el fregadero. Se daba cuenta de qué se podía desangrar allí. Una lacerante expresión de horror asomó a sus ojos.

Clark bisbiseó:

—Si antes escuches lo que sabes, antes podrás ir a que alguien te cure. Voy a hacerte unas preguntas con mi clásica amabilidad y tú me las vas a contestar. En primer lugar, rata sarnosa, mezcla de serpiente y de gusano leproso, ¿quién era Pietro?

—Uno de... nuestros pistoleros. Parece que fue el último que tú... tú... liquidaste.

—¿Para quién trabajaba?

—Para la organización.

—¿Qué es la «organización»?

—Lo es todo. En esta parte de África lo es todo, aunque los Gobiernos la desconozcan oficialmente. Son hoteles, son bancos, son puertos, son buques, son negocios, son chicas...

La sonrisa helada seguía flotando en los labios de Clark. Cualquiera que le viese se hubiera podido dar cuenta de que no sentía la menor piedad por la especie de bicho que tenía ante sus ojos. Si aquel tipo aún seguía vivo, era porque se había convertido en una máquina parlante, y una máquina parlante era lo que justamente Clark Madison necesitaba ahora.

—Concreta más —gruñó—. ¿Quién paga esa organización?

—Les jeques árabes.

—¿Qué pretenden con ella?

—Asentar su dominio en esta parte de África. Para ello se necesita crear grandes negocios donde los funcionarios gubernamentales puedan tener «intereses». De ese modo están comprados del todo. Hace falta que cada dólar se aproveche no ya para comprar cosas, sino para dominar políticamente el país. Cuando el país está dominado, se lo ha comprado por entero y encima sin pagar apenas nada. El poder político es, en el fondo, lo

que resulta más barato.

—Buen muchacho... —susurró Clark—. Hablas como un libro. Se ve que conoces el asunto. Pero esa es solo una parte de vuestras actividades, supongo. Una organización que no vacila ante el crimen para dominar toda la parte oriental de África. Ya sé lo que eso significa: el que tiene el dinero quiere también el poder. Pero hay algo más, imagino. Las esclavas que van a los emiratos del golfo Pérsico no tienen nada que ver con el poder político.

El falso camarero estaba desfalleciendo.

Se daba cuenta de que iba a morir si aquello continuaba mucho rato, pero se daba cuenta también de que la única posibilidad que tenía de que Clark le soltase estaba en contestar con rapidez a todas sus preguntas. Por lo tanto gimió:

—No, claro que no... Esa es... otra cosa. Los que tienen todo el dinero del mundo quieren también las cosas más bellas del mundo... ¿Y qué hay que sea tan bello como las mujeres? Incluso las negras...

—¿Tráfico de esclavas?

—Puedes llamarlo así.

—¿Como hace diez siglos?

—Más intenso aún. Antes las esclavas eran conducidas a pie y morían. Ahora son transportadas en aviones especiales y «se aprovechan» todas. Ninguna revienta, aunque su «vida útil» en el harén es solo de un par de años. Hay que cambiarlas con mucha, frecuencia.

—Me parece perfecto —dijo Clark con voz opaca—, y hasta te confesare que este no es asunto mío. Yo había venido a Djibouti por otra cosa, pero hay un par de detalles que me han tocado las narices y por eso me meto en lo que no me importa. Uno de esos detalles es el de un periodista llamado Munt. ¿Por qué ha muerto? ¿Qué necesidad había de lanzarlo desde un octavo piso?

—Estaba... sobre la pista de algo.

—¿Qué?

—Bueno... lo mismo que tú. La trata de esclavas más importante que los seres civilizados de hoy día puedan imaginar. Algo que hoy es un absoluto secreto, pero que si algún día se publica asombrará a millones de personas que hoy se creen «enteradas de todo». Y Munt iba detrás de eso. Iba detrás del reportaje de su vida.

—O de su muerte...

—Tienes razón: o de su muerte. Pero, en todo caso, él se la buscó.

Clark bisbiseó:

—Claro...

Se había dado cuenta ya de que llamaban la atención. Los otros camareros se habían apercebido al fin de que algo no marchaba, de que las cosas no eran como ellos habían previsto. Por lo tanto tenía que darse prisa si no quería que allí se organizara una ensalada de sangre.

—Ahora ya sé algo más que al principio —susurró—. Después de esto, dime dónde puedo encontrar al jefe de la organización.

—Es alguien a sueldo de... de los jeques que... nadan en oro.

—De acuerdo, pero ¿cómo se llama?

—No lo sé.

—¿Dónde vive?

—No vive en Djibouti ni... ni en ninguna parte... del África Oriental.

Clark se estaba armando de paciencia.

—Pero alguien habrá aquí, ¿no? —preguntó

—Un representante.

—¿En qué sitio está?

—Yo...

—¿En qué sitio está?

—En el pasillo del fondo. Despacho... Despacho tres.

La sonrisa de Clark se hizo más cordial, más amable, más comprensiva. Una auténtica sonrisa de buen muchacho.

—Gracias, pichón —dijo.

Lo envió al otro lado de la barra.

Había notado que uno de los pistoleros iba a sacar un arma. Era el que se encontraba más cerca del lugar de la escena. Definitivamente, se acababa de dar cuenta de que algo raro ocurría.

Todo dependió de unos segundos.

Clark apretó los labios en una mueca.

O disparaba él o disparaba el otro.

Narices.

Envío uno de los obuses que escupía su «Magnum».

El proyectil atravesó los dos cuerpos. El del primer camarero y el

del segundo. Los dos se estrellaron contra el anaquel de las botellas. Se produjo un estrépito de los que hunden un local entero. Docenas de botellas vinieron a tierra. Todos los rostros se volvieron hacia el sitio donde estaba Clark.

Este no se inmutó.

Parecía acariciar el aire con el cañón de su «Magnum».

—Lástima de botellas —dijo—. Todas eran de buena marca. Eh, machos...

Los falsos camareros estaban aterrados. Eran bazofia barata, eran carne de cañón de bajo precio. Jamás se habían enfrentado a una especie de ametralladora humana como era Clark Madison.

No se atrevieron a mover un dedo.

Clark ordenó:

—Saltad por encima de la barra. Y sin rozar a las chicas.

Todos obedecieron. Los clientes del local estaban aterrados también. Ninguno de ellos se atrevía ni a chistar.

—Cierra la puerta exterior y dame la llave —ordenó Clark a una de las chicas del local.

—Con eso te metes en... en tu propia tumba...

—Me gustan las tumbas. He dicho que cierres la puerta exterior y me des la llave, muñeca. Obedece o te clavo tal balazo que vas a necesitar una cabeza postiza.

La muchacha obedeció. En el fondo estaba deseando ayudar a Clark. Después de cerrar le tendió la llave con una sonrisa.

Clark dijo a los clientes:

—Y ahora servíos lo que queráis. La casa invita. Pero si alguien llama a la policía va a oír la música de su propio funeral. Os aseguro que es la música más divertida con que se puede empurrar un hombre.

Y señaló el pasillo a los falsos camareros.

Estos entendieron.

Tenían que ir delante de él.

Claro que uno de ellos intentó aprovechar lo que le pareció una distracción de Clark. Pensó que este no le miraba. Intentó sacar la pistola «Colt» del nueve largo que llevaba debajo de su chaquetilla.

Clark ya contaba con eso.

Por simple ley de probabilidades, tenía que haber a la fuerza un loco que se jugara la vida en nombre de todos.

De modo que no se había distraído.

Le envió una bala entre las cejas.

Luego indicó a los demás que siguieran. Y ahora sí que nadie chistó. Hasta las respiraciones se habían interrumpido. En el lujoso local, el simple ruido del aire acondicionado parecía un estruendo.

Dos puertas en el pasillo.

Despacho uno y despacho tres. El camarero le había dicho que la persona a la que buscaba estaba en el despacho tres.

Muy amable por su parte.

Clark gruñó:

—Pasad al tres, muchachos.

Uno de los falsos camareros empujó precipitadamente la puerta. Quizá veía la salvación allí.

Y se encontró con un chorro de muerte. Las dos metralletas que estaban dentro empezaron a disparar. Un auténtico aluvión de balas atravesó el hueco. Los hombres que iban a entrar en el despacho saltaron despedidos en todas direcciones. Desde allí se les enviaba un auténtico huracán de muerte. Parecía un campo de batalla. Los gritos se debieron oír hasta en la otra orilla del mar Rojo.

Clark ya había contado con eso. Tenía los suficientes años de experiencia para saber que si le habían dicho el despacho tres era porque en el despacho tres no se encontraba la persona a la cual buscaba, sino los guardaespaldas de esta. Y los guardaespaldas ya habían oído los suficientes ruidos y señales de alarma para saber una sola cosa: que en cuanto se abriera aquella puerta, ellos tenían que disparar.

Y lo estaban haciendo.

Ni siquiera se habían fijado en los que entraban.

«Dispara bien y no mires a quién.»

Para aquellas ratas acorraladas, todo pájaro que atravesara la puerta era un enemigo. Cosieron con plomo a sus propios compañeros. Cuando se dieron cuenta de lo que ocurría, ya Clark Madison estaba a un lado del umbral. Ya les enviaba a su vez unas píldoras contra el dolor de cabeza.

Se trataba de dos hombres.

Ambos llevaban metralletas con los cargadores a tope. Aún les quedaban balas, pero no tuvieron tiempo de dispararlas. Las aspirinas de Clark les llegaron antes. Cayeron de espaldas y se

derrumbaron sobre una mesa cargada de papeles, de fotografías, de libros de contabilidad y fichas perforadas. Todo un archivo que hubiera hecho las delicias de cualquier policía del mundo. Pero Clark no le dirigió de momento ni una leve ojeada. Solo se aseguró de que los dos tipos estaban bien muertos.

Luego recargó su «Magnum».

Uno nunca sabe.

Salió y se dirigió al despacho número uno, precisamente aquel en el que no le habían dicho que entrase.

—¿Se puede? —preguntó educadamente, en plan de chico fino, mientras golpeaba con los nudillos en la puerta.

—Adelante —dijo una voz de mujer.

Capítulo V

NO BUSQUES TU TUMBA, MACHO

CLARK MADISON empujó la puerta, pero con precauciones. «Magnum» por delante. Cara de mala baba. El gatillo listo para darle gusto al dedo. La mano izquierda en el bolsillo para sacar dinero y pagar la esquila de quien fuese.

En fin, lo que se dice un tío amable del todo.

Pero la chica no parecía agresiva, o al menos no daba la sensación de querer matarle con un arma de fuego. Evidentemente, de hacerlo, hubiera empleado otros sistemas. Pero, por el momento, no los utilizaba; se estaba quietecita como una buena nena.

Clark sabía que aquella era la mujer-clave.

Hubiera podido clavarle el cañón del revólver hasta el fondo de la garganta. Para asustarla, era lo menos que podía hacer.

Pero no se movió el «Magnum». En lugar de eso, se sentó cómodamente en un borde de la mesa mientras decía:

—Mi pésame, hermana.

—¿Por qué me lo das?

—Tu prometido ha muerto.

—No era mi prometido.

—Bueno, pues tu amigo.

—No era mi «amigo» en el sentido que tú lo dices.

—¿Pues qué era?

—Pongamos que mi socio. Los dos estábamos trabajando en el mismo asunto; trabajando de verdad y a tope.

—Pues qué bien...

—¿Cómo sabes que ha muerto?

—Planeó desde un octavo piso del hotel Djibouti. Por poco me plancha a mí. Y hubiera sido una lástima, porque esta mañana yo

llevaba un traje acabado de estrenar. Un traje de quinientos dólares.

La muchacha hundió un momento la cabeza. Una expresión de preocupación, de agobio, casi de pesadilla, pasó por sus ojos. Por unos momentos se sintió absolutamente acorralada, pero no era a causa de Clark. Con voz que era apenas un susurro lastimero, preguntó:

—¿Cómo has sabido que Munt y yo...?

—La revista Newsweek hace dos años —musitó él.

—Tienes muy buena memoria, Clark.

—Lo que tengo es muy buen archivo, y lo repaso con frecuencia. Pero sí, es cierto: también tengo buena memoria. Cuando veo una cara en una revista, procuro acordarme de ella por si me la echo encima alguna otra vez. En bastantes ocasiones, mi vida ha dependido solo de eso.

—Tienes razón: Munt y yo salimos retratados juntos en la revista Newsweek hace dos años, a consecuencia de un reportaje que hicimos juntos sobre las matanzas en Indonesia. Fue la única vez que nos retrataron a ambos, y la verdad, yo pensaba que...

—Pensabas que nadie recordaría ya esa foto y nadie te relacionaría con Munt, ¿verdad? Pues has hecho muy mal, hermana. De la misma forma que yo he recordado vuestras caras, podían haberlas recordado todos esos tipos. Esta vez habéis arriesgado demasiado; habéis jugado demasiado fuerte.

Ella volvió a hundir la cabeza. Sabía que Clark Madison no exageraba. Todo había estado a punto de hundirse en un minuto, a causa de un soplo de una repentina inspiración de sus enemigos. Y verdaderamente para Munt, el pobre *free lancer*, todo se había hundido.

—Ellos llegaron a averiguar que Munt era un periodista que metía las narices en sus asuntos —dijo suavemente Clark—, y aunque por el momento no lo relacionaron contigo, puedes estar segura de que hubieran terminado haciéndolo. Si sigues con vida es por puro milagro, ya que dentro de poco hubieras acabado planeando también desde un octavo piso. Lo único bueno del asunto es que puedo asegurarte que, desde lo alto del hotel Djibouti, la vista resulta magnífica.

Fue hacia el mueble-bar del despacho y preparó un whisky para la chica. No recordaba muy bien su nombre, pero le parecía que se

llamaba Sandra. Sí, eso es... Sandra. Había trabajado no solo para el Newsweek, sino también para el Newyorker, para el Times y para periódicos como el Chicago Tribune o el Los Angeles Times. Una chica valiente donde las hubiera. Y estupenda... Lo único malo era que se hubiese metido en algo que estaba por encima de sus fuerzas. Era increíble que no hubiese dado ya la última vuelta de campana desde un octavo piso.

Ella bebió ávidamente.

Clark se preparó otro. Preguntó:

—¿Qué buscabais Munt y tú?

—El reportaje de nuestra vida.

—¿Sobre qué?

—Tú lo sabes bien. Sobre el tráfico de esclavas más importante y vergonzoso que se ha producido en nuestro siglo. Algo que las «personas de orden» se negarían a creer. Centenares de mujeres negras entre los doce y los dieciséis años compradas por los jeques árabes a unos treinta mil dólares pieza. Nubes de intermediarios que capturan a las chicas más bonitas en las aldeas de la selva. O que las compran a bajo precio a sus padres muertos de hambre. O que se hacen con chicas huérfanas de las que aún pululan por Biafra. Puedo asegurarte que la «materia prima» es barata, pero cuando llega a los harenes cuesta unos treinta mil por pieza. Si la «mercancía» es buena, los jeques la compran sin chistar. Ninguna chica les dura más de dos años. Luego se aburren de ellas y las revenden. O a veces no se llega a saber lo que ha sido de sus pobres cuerpos. Desaparecen, sin más.

—¿Y era eso lo que queráis poner al descubierto?

—Sí.

—Demasiado arriesgado, nena.

—Munt y yo sabíamos que lo era. Por supuesto que era demasiado arriesgado, pero no nos importó. Llegamos por separado a la costa del mar Rojo y nos pusimos a trabajar con independencia, como si no nos hubiéramos visto nunca. Él tomaba fotografías, hablaba con gente y se metía en sitios donde un occidental no se habría metido jamás. Yo intentaba infiltrarme en la organización. Lo conseguí gracias a... a mi belleza.

Clark la miró de soslayo.

—¿Pusiste precio a tu cuerpo? —musitó.

—No. No lo hice, pero les di a entrever que lo haría de un momento a otro. De ese modo me dieron cargos de confianza. Mi conocimiento de los idiomas y mis relaciones con el mundo occidental les facilitaron muchas cosas. Tanto es así que en solo dos meses me llegaron a considerar indispensable, aunque no me voy a engañar sobre sus verdaderas intenciones. El noventa por ciento de los jeques árabes que me veían esperaban su ocasión.

—Pues aún no te has librado de ellos, nena,

—Por desgracia, ya lo sé.

—¿Les has ayudado en sus manejos?

—Poseo datos de varios aviones que han salido cargados de mujeres. Solo con eso ya podría tal vez conseguir algo.

—Narices, nena.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo sé muy bien. ¿Qué vas a hacer? ¿Protestar en la ONU? La ONU no hará nada contra los árabes. Publicar eso en una revista de gran tirada. Muy bien. Demostrar que el mundo está ahora peor que en el siglo XII. Que hay más basura en él, con la única diferencia de que esa basura es cada vez privilegio de menos gente, porque el vicio resulta más y más caro y por lo tanto más y más cruel. ¿Qué crees que vas a conseguir? Que los burgueses de Nueva York o Chicago se estremezcan el domingo por la mañana, a la hora del desayuno. Que un senador levante alguna protesta. Que se abra incluso una pequeña investigación. Narices otra vez. Los investigadores nadarán en oro al poco tiempo, y por lo tanto callarán, o nadarán sobre sus propias vísceras bajo cinco palmos de tierra, y por lo tanto callarán también. Aquí lo que hace falta es dar con el jefe, con el que maneja toda esa organización, con el hombre de confianza de los jeques del golfo Pérsico. Ya que no puedo acabar con ellos, acabaré con el que los sirve, con su criado, con su sapo, con la lagartija que se arrastra a sus pies para darles gusto. Quiero solamente un nombre. Dámelo y tendrás un cadáver. No es mal cambio.

Ella le había escuchado con atención durante todo aquel tiempo. Sus labios vibraron en un par de ocasiones, quizá porque aquellas palabras la estremecían; quizá porque nunca había conocido a un hombre como aquel. Luego se sirvió ella misma otro trago de whisky mientras susurraba:

—Aún no sé cómo te llamas. ¿Quién eres?

—Clark Madison,

—¿A qué te dedicas?

—Digamos que soy un asesino. Pero no cambies de conversación.

—¿Asesino por cuenta de quién? —insistió ella.

—Digamos que por cuenta del Tío Sam.

—¿En qué sección? ¿En qué rincón del vientre del Tío Sam dejas tú tu porquería, condenado?

—No eres muy fina, nena...

—Nunca lo fui.

—Está bien; de todos modos tampoco hay que andarse con rodeos ahora. Te he dicho que trabajo para el Tío Sam y te concretaré más: en todos los países poderosos tienen que existir a la fuerza unos cuantos tipos miserables como yo. Unos verdugos con diploma de primera categoría. De vez en cuando hay un fulano que se escapa sabiendo demasiadas cosas y dispuesto a venderlas a buen precio. O un buitres que está moviendo redes de asesinos desde el exterior. O un político que estorba, preferentemente un político asiático. Sí, ya sé que todo eso es rastrero, y por tal razón el país entero está ahora contra la CIA y contra todos los organismos que no son la CIA pero tienen conexión con ella. De todos modos supongo que somos un mal necesario. El mundo se ha complicado tanto que solo hay un pecado que no se puede cometer: la ingenuidad.

También se sirvió un trago de whisky y continuó:

—De todos modos, yo tengo una sola cosa buena: nunca me he metido en asuntos políticos de esos que han ensuciado la historia de nuestro país. Nunca he intervenido ni en Centro ni en Sudamérica. Tampoco he intervenido en Vietnam. He cazado, en cambio, a grandes pájaros que distribuían drogas en el ejército o me he deshecho en cualquier país de fulanos del Sindicato del Crimen que además hacían espionaje. Tipos que de todos modos merecían morir. Últimamente me enviaban a Nueva Delhi a desearle el feliz año nuevo a uno de ellos. No te puedes imaginar lo divertidas que son mis felicitaciones: envío coronas de más de dos metros de ancho.

—¿Y por qué no estás en Nueva Delhi?

—Hura... Cosas que pasan. Yo viajaba con un compañero llamado Nikky Palermo y nos cambiaron la misión en el último instante. Eso suele hacerse para despistar a cualquiera que vaya detrás de nosotros. Nos buscan en Egipto y estamos en Groenlandia. Yo tenía que ver a una chica de Nikky Palermo, pero a esa chica la iban a raptar los traficantes de esclavos. Ya estaba dentro de la red. No tenía escapatoria. Tanto es así que un brujo de su tribu la mató para evitarle tan terrible destino. A aquel hombre le pareció que era un acto de compasión que además estaba dentro de sus tradiciones, puesto que ellos jamás habían consentido ser esclavos.

Se acercó de nuevo a la muchacha y añadió:

—Nikky Palermo me transmitió la orden telefónica que acababan de darle: cambio de destino. Él a Nueva Delhi y yo aquí, a Djibouti. Por eso me he metido en el ajo y sé que ya no voy a salir de él.

La muchacha reflexionó. Sabía que todo aquello era verdad y que podía confiar ciegamente en Clark Madison. Más aún: Clark Madison significaba su único seguro de vida,

—Lo malo es que no sé el nombre del jefe —musitó.

—Sería inútil que intentaras engañarme, Sandra. Te engañarías a ti misma.

—Te juro que no lo sé. Caso de haber podido averiguarlo, ya tendría el reportaje hecho. Ya no estaría aquí.

—Perfecto, pero, ¿cómo te comunicas con él?

—Por medio de una mujer llamada Nilo Sakem.

—¿Quién es?

—Lleva el control de cierto sector de la Arabian Airlines.

—¿Una filial de vuelos *charter* tal vez?

—Sí.

—Aviones especiales con mujeres, supongo.

—Sí.

—De acuerdo, pues vamos a ver a Nilo Sakem. Tú me dirás dónde puedo encontrarla.

—Mañana a las once en el hotel Coast, que está junto a la playa. Tengo una cita con ella y no pienso cancelarla,
Clark chascó dos dedos.

—Tenemos una cita con ella, nena —dijo.

Y se dirigió al despacho número tres. Ahora sí que el asunto

estaba serio. Ahora sí que empezaba a hacer falta una excavadora para llevarse los muertos.

Sandra bisbiseó:

—Estás buscando tu tumba, macho. No veo razón para que lo hagas.

Él no contestó. Recogió los papeles y fichas que había sobre la mesa, lo metió todo en una bolsa de plástico y salió de nuevo al bar. Allí tenía pruebas más que suficientes para montar una buena encerrona.

Sandra le seguía como obsesionada.

Todas las chicas del bar le miraron como si no pudieran creerlo. A algunas de ellas les debió parecer una alucinación.

A los clientes que habían quedado encerrados allí no les pareció alucinación ni nada. Estaban borrachos como cubas. Con todo aquel cuento de que la casa invitaba, habían amarrado las botellas y se estaban poniendo las botas.

Clark dijo a Sandra:

—Volveremos al hotel Djibouti.

—¿Y qué pensarán cuando sepan que he salido contigo?

—Lo más lógico: que eres mi prisionera.

Y le pegó tal trompazo que la envió contra la puerta. Los que no sabían nada de aquello pensaron que, en efecto, era su prisionera y que además iba a pasarlo mal. O bien, según como se mirara. Más de una mujer de las que estaban en la barra se pasó la lengua por los labios que se le habían quedado secos de envidia.

Una hora después habían dejado ambos la zona de la playa y estaban en el hotel Djibouti nuevamente. Clark pidió una habitación que no fuera la 412. La policía indígena merodeaba por allí, pero todos debían ir más despistados que un pulpo en un garaje. No le hicieron ninguna pregunta.

La única que preguntó algo fue la negraza que hacía el servicio de noche en el ascensor.

—¿Qué? —dijo, mirando las sólidas curvas de Sandra—. ¿Esta es de la competencia...?

Capítulo VI

LA SIRENITA DE LA PISCINA ROJA

CLARK MADISON no durmió demasiado aquella noche por dos motivos fundamentales. Uno de ellos ya lo habrá adivinado el lector. El otro fue que no quería caer en una trampa y por lo tanto necesitaba estar atento a cualquier cosa que sucediera. Pero no sucedió nada.

Por el momento, sus enemigos le dejaron tranquilo.

Y eso que eran poderosos. Incluso no resultaría nada extraño que el capital del hotel Djibouti fuera suyo.

Y eso que sabían que Clark estaba tras sus huellas.

Pero no se movieron.

A la mañana siguiente, Clark tuvo que pagar casi un «Cadillac» nuevo, pero como había recaudado bastante plata hurgando en los bolsillos de los muertos, ese no fue problema para él. Se dirigió luego a otra casa de alquiler de coches y se hizo con un pequeño «Volkswagen Golf» que fue a recoger personalmente. Ya no se fiaba de nada ni de nadie.

Con aquel coche regresó a la costa del mar Rojo. Todo aquello era el cálido, el pútrido, el bochornoso y al mismo tiempo mágico golfo de Adán. El agua tenía un color dorado casi hechicero. La tierra hervía, pero sobre las playas soplaban un viento perfumado y tibio. Miles y miles de palmeras cimbreaban bajo aquel viento como mujeres que estuvieran esperando una suave caricia.

El Coast era un hotel de todos los diablos.

Once pisos.

Mil habitaciones.

Casi mil criados.

La carne humana sigue siendo barata en la parte oriental de la

antigua Costa de los Esclavos.

Palmeras y jardines. Dos piscinas maravillosas. Galerías comerciales. Restaurantes típicos. Peluquerías y cines. Salas de masaje *only for men* y servidas por diligentes muchachas vietnamitas...

En fin, el disloque. Todo el mundo que pudiera pagar aquellas delicias había entrado en el Edén. Antes aquello era un pedazo de costa desierta y pútrida, pero ahora el capital árabe había hecho milagros. Por todas partes se veían enormes *limousines* con cortinillas, señal de que los jeques llegaban allí con cinco o seis esposas. Mientras buscaban otras que les gustaran más, también tenían con qué pasar el rato.

Pero a Clark Madison nada de eso le importaba lo más mínimo. Él solo venía a buscar a una muchacha empleada en las líneas aéreas, a una muñequita llamada Nilo Sakem y de cuya boquita esperaba sacar al menos una docena de palabras importantes.

Mientras frenaban, Sandra musitó:

—Nos hemos metido en nuestra propia tumba.

—Pienso lo mismo que tú, pero no lo digo.

—Pues harías bien en tenerlo en cuenta.

—¿De qué me serviría? Ya estoy metido en el ajo y debo seguir. Eso ocurre con los aviones cuando están en peligro pero han llegado a un punto en que les cuesta menos seguir que volver atrás: a eso le llaman «punto sin retorno». Pues bien, yo he llegado a un punto sin retorno. He de mamarme lo que venga.

—Ellos saben que estoy contigo y les importa poco que sea tu cómplice o tu prisionera —dijo Sandra—. De un modo u otro tienen proyectada mi eliminación, pero eres un iluso si piensas que, después de eso, tú vas a seguir vivo.

Clark se encogió levemente de hombros.

Claro que no era un iluso. Claro que sabía, además, que se había metido de lleno en terreno de sus enemigos.

Pero estaba impasible cuando dejó el «Golf» en el aparcamiento del hotel, dio una propina al diligente empleado, tocó el bulto de su «Magnum» y atizó un pellizco a la camarera que le abrió la puerta que daba del aparcamiento al vestíbulo.

Vio que este estaba vacío.

Nada de clientes.

Clark pensó: «Matanza.»

Todo aquel vacío lo habían hecho en honor a él. Iban a cazarle en un espacio abierto del todo, como si estuvieran en un campo de fútbol. Pero iban bien listos si pensaban que él se estaría quieto.

Sus nervios estaban en tensión cuando avanzó hacia el *comptoir*.

Vio a tres empleados.

Cualquiera de ellos podía ser un matón.

Pero pobre del que se moviera. Y si se movían los tres, alguno la palmaría. Clark eligió al del centro.

Sin embargo, nadie se movió.

Eran buenos chicos.

Incluso tenían las manos a la vista.

—Busco a la señorita Nilo Sakem —dijo Clark suavemente.

Eran las once, la hora de la cita.

—Está en la piscina, señor. Saliendo a mano derecha

—Gracias.

Clark fue hacia allí. Todos sus nervios, vibraban, aunque no lo parecía. Una décima de segundo le hubiera bastado para enviar un torrente de plomo contra cualquier sitio. Su clima de tensión era tal, que si en aquel momento alguien llega a suspirar, él le clava una bala entre las cejas.

Pero nadie parpadeó siquiera. Tampoco había peligro en la piscina, un ancho recinto donde no podía ocultarse nadie. Las aguas eran limpiísimas, de modo que no podía agazaparse en el fondo ningún escafandrista que saliera en el último segundo. Clark había visto cazar a más de un pájaro de aquella manera, y por lo tanto no se fiaba. Dirigió la mirada al fondo antes de posarla en la sirenita que estaba nadando.

Preciosa propaganda para las líneas aéreas.

Debía ser una egipcia, y la egipcia que sale guapa lo es de verdad. Esta lo era. Tenía la distinción europea y el exotismo oriental. Sus ojos rasgados poseían la belleza de dos gemas. Sus curvas deslizándose en el agua resultaban una pura delicia.

Parecía mentira que una muñeca así se hubiera ensuciado tanto.

Claro que quizá no tenía otro remedio. El propio Clark Madison se hallaba en una situación casi semejante: después de lo que sabía, no podía apartarse ya de la organización. Caso de hacerlo y dar signos de que iba a hablar, quizá sus propios compañeros sentirían

la tentación de eliminarle.

Mientras ella se bañaba, un camión-cuba estaba purificando el agua. Sin duda no funcionaban bien los sistemas de filtraje, y un chorro perfumado salía por una boca de aquel camión, puesto al borde de la piscina, mientras por otra engullía el agua aún sin purificar. No existía ningún peligro en aquel camión, porque el conductor fumaba plácidamente al lado. Clark dirigió entonces su mirada a la chica.

—¿Señorita Nilo Sakem? —preguntó.

—Soy yo misma.

—Me llamo Clark Madison.

—Me han dicho que vendría.

Ella le miraba desde el agua con una sonrisa, mientras braceaba poco a poco. Debía ser una delicia aquel líquido tibio, perfumado, casi transparente. Y nadie más que ella en la piscina. En el mundo somos más de cuatro mil millones de habitantes y vivimos muy apretados, pero una mujer tan distinguida como Nilo Sakem no tenía por qué notarlo.

—¿Quién te ha dicho que vendría? —musitó Clark.

—Mis jefes.

—¿Ya se han enterado de lo que ocurrió en Djibouti?

—Lo saben todo.

—Pues qué bien...

—Me han hecho una sola advertencia para que te pase la bola a ti, Clark Madison. Para que te hable una sola vez y tú lo entiendas, puesto que no se te va a hacer ninguna advertencia más. Mis jefes no quieren matar a un alto funcionario del servicio secreto norteamericano si no es absolutamente indispensable, pero eso solo lo piensan en el primer minuto. En el segundo minuto ya piensan otra cosa. Por lo tanto tienes una oportunidad que no se volverá a repetir: lárgate con esa basura que encontraste en la sala de fiestas. Llévatela bien lejos. Si no lo haces, vais a reventar los dos.

Clark se mordió levemente el labio inferior, con una oculta rabia. La verdad era que aquel lenguaje le sorprendía por lo que se refería a Sandra.

—¿Sabéis que ella está de mi parte? —preguntó—. ¿Que no es realmente mi prisionera?

—Mis jefes no son tan tontos como para no saberlo.

—Cierto, pero tus jefes tampoco son tan hábiles como para poder acabar conmigo.

—Ahora mismo podrían matarte desde una de las ventanas.

—¿Eso crees? Me parece que vives de ilusiones, preciosa. Si yo no hubiera visto que las ventanas son fijas, o sea, que no pueden abrirse porque todo el hotel tiene aire acondicionado, no estaría tan quieto aquí. Pueden matarme desde el vestíbulo, pero no he dejado de vigilarlo un solo momento. Y al que asome por ahí, aunque solo sea para pedirme lumbre, le clavo una bala en la fosa nasal izquierda. Dicen que hace mucho más daño que en la derecha.

Nilo Sakem le miró asombrada mientras iba braceando poco a poco.

—¿Qué clase de tipo eras? —musitó.

—Pongamos que un perro rabioso.

—Pues vacúnate. Mis jefes me han asegurado que van a darte una prueba de su inmenso poder. Por lo tanto, más valdrá que te largues para siempre si no quieres saber de lo que son capaces.

—¿Una prueba de su inmenso poder? ¿Qué prueba?

—Yo misma no lo sé, pero ellos me han asegurado que...

Y calló.

También Clark Madison hubo de callar.

Porque en aquel momento preciso tuvo una prueba del inmenso poder a que se enfrentaba.

Porque todo cambió en un par de segundos.

Porque la sirenita de las aguas blancas que tenía bajo su mirada se transformó de pronto en la sirenita de las aguas rojas.

Capítulo VII

LA PESADILLA

TODO ocurrió con esa velocidad de las alucinaciones, de las pesadillas. El propio Clark, pese a sus reflejos, no se pudo dar cuenta en el primer instante. En realidad, no lo concebía.

La cosa empezó con aquel chasquido.

Clark miró a la izquierda.

Toda la parte posterior del camión-cuba se había abierto. Fue como si a un camión de los del reparto de gasolina se le hubiera desprendido la parte de atrás de la cisterna. El contenido de lo que había allí se desplomó sobre la piscina.

Y el contenido de aquel camión era agua.

Agua limpia y pura.

Un agua limpia y purísima en la que se movían... ¡dos tiburones!

Los dos escualos cayeron a la piscina en un abrir y cerrar de ojos. Verdaderamente fue como si una fuerza ciega los impulsara hacia allí. La misma presión del agua con la que salieron despedidos les hizo caer en el centro de la piscina.

¡Justo donde estaba la muchacha!

¡CASI ENCIMA DE ELLA!

Fue entonces cuando Nilo Sakem lanzó aquel grito de horror, pero en el mismo instante de hacerlo ya supo que no le iba a servir de nada. Porque los dos tiburones la rodeaban. Habían dado una rapidísima vuelta en torno suyo. Dos fauces rabiosas se abrieron a la vez, una a la derecha y otra a la izquierda.

Clark lanzó también un grito, pero no fue de terror, sino de rabia. Esta vez no funcionó su fabulosa rapidez de reflejos. Estaba tan asombrado como el que se hunde en una pesadilla. Le parecía algo irreal, algo que solo podía suceder en las profundidades de un

maldito sueño.

Claro que eso duró menos de un segundo. Cuando los tiburones abrían sus fauces, él ya tenía el «Magnum» en la derecha. Y si a los hombres no les va bien para la salud una bala de ese calibre, hay que suponer que a los tiburones tampoco.

Disparó contra la cabeza de uno de ellos.

¿Pero quién es capaz de decir el sitio exacto en que está el cerebro de un tiburón? ¿Basta con dispararle entre los ojos? ¿Se le alcanza en un punto vital de verdad? Clark Madison no lo sabía.

Los hombres que le entrenaron no le habían enseñado a matar tiburones, y hasta entonces él no se había encontrado ninguno en la bañera. Por lo tanto, falló. Aunque el escualo dio un fantástico salto, no por eso abandonó el movimiento convergente hacia el cuerpo de la chica.

Los dos la destrozaron casi al mismo tiempo.

Fue alucinante.

Fue un baño de sangre.

El agua se volvió siniestramente roja.

Hilo Sakem desapareció.

Quedó materialmente partida en cuatro pedazos.

Sandra, que estaba a pocos pasos, lanzó un grito lacerante. Cayó de rodillas. Sus fuerzas la abandonaron de tal modo que estuvo a punto de rodar hasta el borde del agua.

El único que no despegaba los labios era Clark Madison. Ahora, Clark Madison se sentía envuelto en una extraña, en una glacial serenidad. Porque se daba cuenta de una cosa: de que los jefes de la «organización» le habían demostrado su inmenso poder. Le habían dejado ver bien claro que ellos eran los señores absolutos de la vida y de la muerte, pero empezando por una de sus propias cómplices. Por una mujer que sabía demasiado y con la que no querían correr el riesgo de que pudiese hablar.

Tendió la derecha armada con el «Magnum».

—Buen provecho —dijo.

Se refería a los tiburones.

Verdaderamente no les dejó tiempo ni para tragar.

Dos balas a cada uno les volaron materialmente la cabeza. Sus corpachones sinuosos quedaron inmóviles. Las aguas que los envolvían se fueron haciendo aún más rojas.

Clark Madison giró entonces el cuerpo.

Todo estaba sucediendo con una fantástica rapidez. Ahora, de pronto, casi resultaba imposible seguir los movimientos de aquel verdugo.

Pensó: «El pájaro del camión.»

En efecto, el pájaro del camión iba a sacar una metralleta de debajo del asiento. Era él quien había puesto en marcha aquel siniestro mecanismo. Y pensaba que aún iba a tener tiempo de cazar a Clark cuando levantó su arma.

Pronto cambió de opinión.

Clark fue a por él.

Una bala del 45.

Dos.

Y con punta blindada.

El tipo quedó casi empotrado en el camión que había estado manejando. Los dedos de Clark Madison, con una siniestra calma, buscaron otro cargador en uno de sus bolsillos. Los cargadores para el «Magnum» son redondos, con la forma del cilindro, e introducen con un solo movimiento los seis plomos al mismo tiempo. Y, hala, a empezar otra vez.

Un hombre asomaba entonces por el vestíbulo.

No pasaba de ser un aficionado.

Posiblemente nadie le había mandado que se metiera en aquello, pero él quería hacer méritos. Una «Luger» de calibre pasado descansaba en su derecha. Mientras se ponía en cuclillas para apuntar mejor, disparó.

O al menos creyó que lo hacía.

Cuando empezó a darse cuenta de que las cosas iban mal, ya tenía una bala entre las dos cejas. Saltó hacia atrás y rompió con el peso de su cuerpo una parte de los cristales de la fachada.

Clark miró en torno suyo.

Nada.

Solo el silencio de la muerte.

Los rostros de varios criados le miraban aterrados, pero esos criados era como si no estuviesen allí. Clark sabía que nada había de temer de ellos. Se puso un «Dunhill» en los labios, fue hacia uno de los hombres que acababa de matar, le sacó el encendedor del bolsillo y se dio lumbre a sí mismo. Luego hizo una seña a Sandra.

—Vamos.

En uno de los «Rolls» estacionados ante el hotel había un asombrado chófer indio. Clark le envió a la piscina de un terrible «jab» de izquierda.

Menos mal que los dos tiburones ya estaban jubilados. De lo contrario, aquel tipo las pasa canutas.

Hizo una seña a Sandra para que subiese.

—Pero este no es el nuestro... —balbucid ella.

—¿Y qué? Me gustan los «Rolls. Ya que ellos me han quitado un plan con esa chica de la piscina, lo menos que puedo hacer yo es quitarles el coche.

Y se fue tan tranquilo.

La playa refulgía con un maravilloso color azul.

—No está mal este hotel —dijo Clark con la mirada perdida en el vacío—. Buen servicio, buen clima y, sobre todo, buena pesca...

Era verdad. Nunca hasta entonces había «pescado» tiburones del mar Rojo, los más sanguinarios que existen.

Dijo mirando a Sandra.

—No creo que en el depósito de gasolina del «Rolls» hayan metido ninguno...

Capítulo VIII

UN TRATO ENTRE CABALLEROS

CLARK MADISON sabía que, después de aquel golpe, sus enemigos iban a observar calma por algunas horas. Pocas, desde luego, pero las suficientes para que él pudiera reflexionar. En fin, hablando más claro: las suficientes para que él pudiera tomar el primer avión.

Mientras rodaban hacia Djibouti, dejando a un lado los miserables barrios de chabolas donde la gente moría de hambre, Sandra dijo con voz ronca:

—Ha sido espantoso...

Todo su miedo, toda su tensión, toda su náusea rompieron entonces los diques. Hundió la cabeza sobre el pecho y se puso a llorar. Sus uñas arañaban las rodillas, las medias, desgarraban la seda y dejaban casi un leve surco de sangre. Estaba al borde del ataque de nervios. Había aguantado hasta el último momento, pero ahora, de pronto, se daba cuenta de que ya no podía más.

Clark quiso calmarla poniendo música.

Pero tuvo mala suerte: todas las emisoras cercanas transmitían cantos de funeral. Por lo visto, algún personaje importante de la política local acababa de morir.

—Pues sí que lo he acabado de arreglar... —dijo, mientras cortaba el contacto.

Ella bisbiseó:

—Clark, no puedo más.

—Lo sé. Y no creas que no me parece la mar de razonable.

—Vámonos de aquí...

—¿Te ha asustado su demostración de poder?

—Me ha dado náuseas...

—También lo comprendo perfectamente, pero esa no es razón para que nos echemos atrás. Ahora menos que nunca.

—Clark, es como luchar contra las olas del mar. Ellos tienen todo. Nunca conseguirás vencerles. Dentro de pocos años, cuando Occidente invente nuevas formas de energía, volverán a ser unos países miserables, comidos por los escorpiones, pero ahora tienen en sus manos demasiados resortes. Y no hablo de los poderes organizados, de los Estados árabes regularmente constituidos, aunque de estos también se podrían decir muchas cosas. Pero ninguno de ellos mantendrá, seguramente, una organización criminal de esa clase. No se rebajarán a eso. Hablo de los jeques, que son simples particulares. De los dueños privados de yacimientos. De los ciudadanos que ganan un millón de dólares al día. ¿Qué quieres que hagan con él? ¿Por qué no emplearlos en comprar mujeres, si alguien se las ofrece?

Mientras se clavaba desesperadamente las uñas en las palmas de las manos, la muchacha continuó:

—Ese chorro de oro que inunda los emiratos del golfo Pérsico ha hecho nacer la poderosa organización criminal contra la que tú quieres luchar, aunque sabes que no conseguirás nada. Hay traficantes que proporcionan mujeres y que obtienen por ellas unos beneficios fabulosos. Tú apareces de pronto y quieres destruir su sistema. ¿Qué piensas que harán? ¿Estarse cruzados de brazos? Ni lo sueñes. Si hace falta se colocarán un «bazooka» bajo la almohada. Pero te matarán.

—Ya lo han intentado —dijo suavemente Clark.

—Es distinto. Ahora te han demostrado que pueden llegar a cualquier parte. No debes echar esa lección en saco roto.

—¿Estás asustada, Sandra?

—Te juro que... no puedo más.

—Lo comprendo. Ver a una mujer destrozada del modo que tú la has visto, acaba con cualquiera. Es natural.

—Clark, vámonos de aquí... No puedo más. Desisto.

Perdió la mirada en el vacío mientras pensaba que aquellas palabras eran sensatas. No podía luchar contra las olas del mar, no podía luchar contra la organización y vencerla. Había demasiados millones y demasiado poder detrás. Por primera vez en su vida, Clark pensaba que el consejo de que se retirase de algo podía ser un

buen consejo. Hasta aquel momento no se había retirado jamás de nada; según su sentido especial de la moral, solo tenían derecho a retirarse los muertos.

Ahora no tenía miedo por él.

Pero sí por Sandra.

Y aquel pensamiento zumbaba en su cráneo cuando ambos se encerraron de nuevo en la lujosa habitación del hotel Djibouti. El pensamiento era muy sencillo: «No hagas que ella muera también. ¡Vete de una vez! ¡VETE!»

Ella cayó en sus brazos.

Lloraba.

Pero también quería besar.

Quería vivir.

Su cuerpo estaba lleno de vigor, de sangre. Sus labios estaban llenos de ansia.

Se besaron rabiosamente.

Nada excita tanto el amor como la proximidad de la muerte. Son dos fuerzas antagónicas, pero cada una de las cuales provoca la otra.

Clark también la besó.

Al diablo todo.

Al infierno las preocupaciones. Nada tiene importancia cuando uno encuentra entre sus brazos a una mujer bonita.

Pero en ese momento sonó el teléfono.

Clark lanzó una imprecación.

Lo descolgó pensando que el maldito que fuese ya podía haberse acordado de llamarle en otro momento.

Una voz untuosa dijo:

—Clark Madison.

—¿Qué?

—Soy el dueño de este hotel.

—Perfecto. Hola y adiós, macho. Ya me enviarás la factura la semana que viene. Ahora tengo trabajo.

—Oiga bien, Madison. No cuelgue.

—Estás hablando por boca de otro, ¿verdad?

—Sí. Me han dado un mensaje para usted.

—¿Quién?

—Eso no importa. Yo le transmito el mensaje porque la persona

que me lo ha dado tiene gran poder sobre mí. Yo no puedo despreciar sus órdenes, entiéndalo. No hay nada personal, pero he de transmitir el mensaje.

—No hace falta que te disculpes más, macho. El olor del miedo que tienes me llega hasta por el cable del teléfono. Esos pájaros tienen la mayoría en el capital del hotel y pueden quitártelo en cinco minutos, ¿no es eso?

—Veo que lo ha adivinado, señor Madison, y no me sorprende, porque usted es un hombre inteligente. De verdad espero que tenga la oportunidad de seguir siéndolo.

—¿A qué viene tanta coba? Supongo que quieres hacerme una oferta, ¿verdad? Si soy inteligente la aceptaré. Si no lo soy, lo más fácil es que acabe estrellándome contra las paredes del infierno. ¿Lo he adivinado otra vez?

—Claro que sí señor Madison. Con usted da gusto hablar —siguió diciendo la voz untuosa—. Los buenos amigos de quienes le hablo me han dado un mensaje para usted. Es este: en la delegación de la Ethiopian Airlines tiene usted unos pasajes de primera clase para el avión de línea regular que une Djibouti con Ciudad del Cabo. ¡Ah! ¡Maravillosa limpieza la de Ciudad del Cabo! ¡Ni un papel en el suelo, ni un negro en las calles, ni una prostituta en los bares! ¡Soberbio!

—Pues sí que me lo pinta bien —masculló Madison mientras pensaba frenéticamente—. Me están entrando ganas de no ir. A mí me gusta un poco de basura.

—Bueno, es que desde Ciudad del Cabo puede usted largarse a sitios más divertidos, señor Madison. Por ejemplo, Mombasa ¡Ah, qué gran ciudad Mombasa, donde todos los vicios tienen su tarifa! Pero si usted no toma el avión dentro de dos horas, señor Madison, puede que lo pase muy mal. Mis amigos están dispuestos a respetar el trato: usted se larga y ellos tienden el velo del olvido eterno. Ningún problema. Incluso están dispuestos a compensar por las molestias a su compañera Sandra.

—¿Cuál es la razón?

—Ella perseguía un gran reportaje, ¿no? Pues se lo pagan. No lo escribiré, nunca, pero se lo pagan. Diez mil dólares es mucho más de lo que le abonaría incluso una revista como Tribune. Cuando usted vaya a la Ethiopian Airlines, tendrá los billetes y el dinero.

Todo se lo escupirán sobre la mesa.

Clark seguía reflexionando velozmente.

No podía negar que la oferta le llegaba en un momento en que él estaba «bajo», uno de esos momentos en que pensaba que no valía la pena seguir. Y por otro lado se encontraba Sandra. Ella, que había escuchado por la línea secundaria, le miró fijamente mientras tapaba el micro.

—Accede —suplicó—. Dile que sí. Tú sabes que no puedes vencer después de lo que ha sucedido, y si te ofrecen una salida digna debes aceptarla. Lo único que no puedo aceptar son... son los diez mil. Me parecería que he puesto precio a la vida de mi compañero.

Clark asintió. Por primera vez en su vida se sentía tentado a aceptar una oferta de aquella clase. Mientras seguía mirando la expresión ansiosa de Sandra, preguntó:

—¿Quién me garantiza que no es una trampa?

—La organización empeña su palabra de honor, pero, además, puede usted imponer las condiciones. Es muy libre de pedir que le traigan los pasajes al hotel, si no quiere arriesgarse a salir a la calle. Para ir al aeropuerto tengo un coche blindado en el hotel y se lo puedo proporcionar. Las calles estarán desiertas cuando usted pase, se lo garantizo. Y si quiere le sirvo de rehén.

—Son unas condiciones bastante razonables —admitió Clark.

—No hay motivo para que sean otra cosa. La organización lucha por lo suyo, pero cuando hace un trato, hace un trato.

Clark Madison se decidió.

—Muy bien —dijo—. Es la primera vez que cedo, y no lo hago por mí sino por la mujer que me acompaña. Quiero dentro de media hora los pasajes aquí, en la habitación. Del dinero, nada. Al que me lo presente se lo haré tragar. Pero los pasajes me los traerá usted mismo y, además, no se moverá de mi lado hasta que lleguemos al aeropuerto. Una última advertencia: si algo falla, le clavo una bala justo en el centro de la sien izquierda. Y si la organización no cumple el trato, va a haber tanto trabajo para enterrar gente en Djibouti que se acabará el paro obrero. ¿He hablado con bastante claridad o quieren algún otro detallito?

No, el dueño del hotel no quería ningún «detallito» más. Sabía cómo las gastaba aquel buitre. De modo que se apresuró a decir:

—Dentro de media hora tiene los pasajes. Le juro que los tiene...
Se los voy a llevar yo mismo.

Y colgó.

Sandra colgó también.

Estaba muy pálida.

—Gracias —musitó—. Sé que lo has hecho exclusivamente por mí, Clark. Gracias...

Él miró su reloj.

—Estoy acostumbrado a que las chicas me den las gracias de una forma más concreta —musite—. ¿Por dónde andábamos?

—Por el beso número tres.

—Pues vamos por el número cuatro —dijo Clark—. Hay que darse prisa. Solo disponemos de media hora...

* * *

El dueño del hotel fue puntual, tan puntual que por poco les chafa el plan. Se presentó temblando y llevando en la derecha un sobre con dos pasajes de primera clase hasta Ciudad del Cabo.

Clark Madison recordaba muy bien —porque de aquellos datos de su memoria dependía a veces su vida— que justo una hora y media después existía, en efecto, un vuelo de la Ethiopian Airlines hasta Ciudad del Cabo. Por lo tanto, no le habían engañado en eso. En cuanto a lo demás, estaba dispuesto a tomar sus precauciones.

—Vas a venir con nosotros, pichón —dijo al dueño del Djibouti.

—Sí... sí, señor.

—¿Dónde está el coche blindado?

—En la puerta principal.

—Vas a ser tú el que lo ponga en marcha.

—Pues claro que sí, señor.

Los tres salieron por los pasillos vacíos. Daba la absoluta sensación de que el Djibouti había sido evacuado. Un «Rolls» macizo, blindado, y que debía pesar unos cuatro mil kilos, estaba ante la puerta. El dueño del hotel subió a él, se puso al volante y dio contacto. Todo bien.

Ninguna explosión. Nadie había tenido la humorada de colocar allí una bomba, cosa que era muy de temer, porque la vida del dueño del hotel no debía valer apenas nada para los jefes de la organización. Al contrario, se podían quedar con su parte.

Tranquilizado en este aspecto, Clark y Sandra se colocaron en la parte posterior del «Rolls». No había que temer un tiroteo mientras estuvieran allí dentro, pues hasta los cristales eran de seguridad. Por las calles desiertas —los miembros de la organización podían lograr incluso eso, demostrando hasta qué punto tenían influencia en el país— rodaron hacia el aeropuerto.

Había bastantes personas en él.

Miembros de una compañía de artistas, cuyas chicas tenían calor y estaban haciendo una especie de *strip-tease*.

Comerciantes que tenían intereses en aquella parte de la costa.

Algunos políticos de color.

Emigrantes que buscaban nuevas perspectivas.

Y fulanos muertos de hambre que estaban a la que saltaba. Total, mucha gente.

Clark miró al dueño del hotel.

—Ya te puedes largar, macho —dijo, escupiendo las palabras.

—¿Se siente seguro aquí, Madison?

—Bueno... Mi seguridad radica en una sola cosa: en que sé que al que se acerque a mí le mato. Y ahora váyase al infierno. La próxima vez que conozca a alguien con ganas de hacer un curso de vuelo sin motor, ya le recomendaré su hotel. Lárguese de aquí, basura.

El millonario se largó. Estaba contento de haberse librado de aquel compromiso sin tener ningún hueso roto. Hasta el último momento había temido que Clark tuviese un ataque de rabia, y se deshiciera del rehén con una bala en la cabeza. Como el rehén era él, la perspectiva le parecía de un notable mal gusto.

Pero Clark siempre respetaba los acuerdos. Eso aquel tipo no lo sabía. Si Clark Madison daba una palabra, la cumplía a rajatabla. Y como la organización estaba llevando bien el trato, él no pensaba mover un dedo para perturbarlo.

Mientras tanto se organizó una pelea entre varios emigrantes.

La policía indígena intervino.

Hubo empujones, carreras, sustos. Clark tenía un cigarrillo entre los labios y no se inmutó. Esperó a que todo hubiera pasado, porque de ninguna manera le convenía llamar la atención. Por otra parte, no pensaba, subir al avión hasta el último momento, cuando estuviera a punto de despegar. En un sitio cerrado como era la

cabina de pasajeros sabía que iba a sentirse menos seguro.

Consultó el reloj.

La sala del aeropuerto se iba llenando. Había conexiones para Nairobi, Johannesburgo y Lusaka, de modo que se amontonaban los turistas. Muchos de ellos —hombres ricos y satisfechos de la vida— venían de un safari de caza.

Faltaban cinco minutos para el despegue del aparato.

Dentro de poco ya no les admitirían. Realmente no les hubieran admitido ya, caso de llevar equipaje.

—Vamos.

Se acercaron al control de policía.

Pasaporte en regla.

Bien.

Se acercaron al control de la compañía aérea.

¿Pasajes?

Clark palideció mientras sentía que le acababa de ocurrir algo que jamás soñó que le pudiera ocurrir a él. ¡Le habían robado! ¡Alguien le había birlado los dos pasajes! ¡Y tenía que haber sido cuando se produjo el tumulto, durante la pelea!

Estuvo a punto de darse una bofetada a sí mismo por idiota, pero al instante se dio cuenta de que la cosa tenía su lado cómico. Ahora ya no podría presumir que a él no le engañaba nadie. Le habían robado como a un novato, le habían dejado desnudo como a un chimpancé.

Hizo un gesto de resignación.

—Bueno... —musitó—, me parece que tendremos que salir en otro vuelo.

—¿Pero qué ocurre?

—Casi nada. Que me han robado los pasajes. ¡Y yo que creía que me las sabía todas...! Me gustaría encontrar al tipo que lo ha hecho para felicitarle.

—¿Por qué no presentas una denuncia?

—Es inútil, tampoco conseguiría demorar la salida del avión, con lo poco que falta ya. Pero como podemos demostrar nuestra identidad y estamos en la lista de pasajeros, esas cosas se aclaran. Nos darán otro vuelo. No te negaré que si ahora me pusiese a dar gritos conseguiría probablemente que el avión no saliera y que detuvieran a los que están en nuestros asientos, pero no me parece

jugar limpio. El tipo que me ha quitado los pasajes ha hecho un buen trabajo y sin molestarme. No me parece bien organizar ahora un lío para que le metan en la cárcel.

Y se mantuvo en su puesto, junto a la ventana que dominaba las pistas. Veía muy bien al avión que iba a salir, un modesto «DC-9». Ya había puesto los motores en marcha y, sin duda, el piloto estaba repasando el «rosario», o sea, efectuando la lista de comprobaciones rutinarias que le exigían desde la torre de control. Clark esbozó una sonrisa y dijo, mirando hacia el departamento de primera, donde ellos hubieran debido estar:

—Buen viaje.

Lo deseaba de todo corazón. Habían sido más listos que él.

El «DC-9» se puso en pista de despegue, no tuvo que aguardar turno, porque el tráfico era poco denso y tomó velocidad para ganar altura. Un minuto después estaba trazando un amplio círculo sobre el aeropuerto para sobrevolar Djibouti.

Y fue entonces cuando ocurrió.

Fue entonces cuando todo se lo tragó el infierno.

Cuando el avión de la Ethiopian Airlines estalló en el aire.

Cuando el cielo azul se llenó de pavesas llameantes que dejaban en el espacio mil estelas rojas.

Capítulo IX

UN AMABLE SALUDO CON PLOMO

LOS dientes de Clark Madison produjeron un chirrido siniestro. Fue un chirrido especial que no parecía salir de un cuerpo humano; daba la sensación de que brotaba de las entrañas de una máquina.

Sus ojos se perdieron en el vacío.

No hubiera querido mirarlo, pero estaba allí, junto a la ventana, y no podía perder ningún detalle de aquel horror. Veía puntos distintos que surcaban el espacio y que no eran sino cuerpos humanos; veía pedazos de acero convertidos en fuego; veía los motores desprendidos; el inmenso mar de llamas que era la gasolina incendiada y que llenaba el aire antes de caer...

El horror, la pesadilla estaban ante sus ojos. Pero lo que veía Clark en el exterior no era nada comparado con lo que veía en su propio interior. Porque allí estaba alimentando un odio, estaba creciendo una maldición y se incubaba una tempestad de muerte.

Uno de aquellos puntitos negros que se desintegraban en el aire tenía que ser él. Y otro Sandra.

La explicación era sencilla. A los hijos de perra de la organización no les importaba causar una matanza con tal de quitarse de en medio a Sandra y a él. Por descontado que intentarlo en condiciones digamos «clásicas» resultaba demasiado arriesgado para ellos. Lo habían probado varias veces y habían dejado como único recuerdo una legión de muertos.

Por lo tanto, tenían que encontrar algo absolutamente seguro, algo que no fallase. Para ello se ofrecía a Clark un «trato entre caballeros» y se le enchironaba en un avión donde había una bomba de las llamadas «de altura». Son petardos que no estallan con un aparato de relojería, sino con la diferencia en la presión del aire.

Cuando alguien los mete en un avión que despegue, no fallan nunca.

Sus enemigos se habían cerciorado de que Clark y la muchacha subían al avión. ¿Cómo? Porque en la lista de pasajeros de la compañía figuraban como «entrados». Los billetes llevan el nombre, y quien los robó los había presentado en la ventanilla de control. Seguro que eran un hombre y una mujer. Puesto que la ventanilla de control de billetes no coincidía con la de control de pasaportes, la cosa era sencilla.

Clark sintió una contracción en la garganta.

Notó que alguien vacilaba a su lado.

Era Sandra.

Poco a poco, de una forma maquinal, Clark se puso otro cigarrillo entre los labios. Su rostro volvía a ser inalterable. El aeropuerto era un maremágnum de gritos de horror, pero él no se enteraba, no oía nada. Él solo se enteraba de lo que le estaban diciendo sus propios pensamientos.

Le parecía oír en su inferior una música de funeral.

Y —cosa extraña— pocas cosas en el mundo le habían parecido tan deliciosas como aquella música.

* * *

—Vamos —decidió.

Sandra tuvo que hacer un gran esfuerzo para hablar. Mientras se apoyaba en él, bisbiseó:

—Ese ha sido... el trato entre caballeros.

—Sí. Esa ha sido su modo de cumplirlo.

—¿Qué vas a hacer ahora, Clark?

—Antes de que esto sucediera había pensado en irme, muñeca.

—Y ahora piensas todo lo contrario, ¿verdad?

—Sí; ahora pienso en quedarme con todas las consecuencias. Tengo un excelente amigo y este me ayudará.

—¿Un amigo? ¿Quién es?

—Se llama «Magnum».

Y salieron del aeropuerto. La policía indígena, mandada, aún por algunos viejos oficiales franceses, no podía controlar nada. Todo eran gritos, maldiciones, frenazos de coches y sirenas de ambulancias. Algunos negros que eran católicos y algunos europeos se habían puesto de rodillas para rezar.

Clark vio el «Rolls».

Y el dueño del hotel dentro.

Y un pájaro con él.

El pájaro le contaba algo con acento divertido.

Lo fabulosa que había sido la explosión, seguro.

Clark sabía que ahora se iba a desencadenar una lucha sin cuartel. Que no podía tener piedad ni podía esperarla.

Por eso asomó la cabeza por la ventanilla.

Y el cañón de su revólver.

—A última hora decidí quedarme en tierra —dijo—. Resultó que me había olvidado de comprar cigarrillos.

E hizo fuego dos veces.

Dos secos estampidos.

Dos cabezas que saltan hacia atrás.

Clark guardó el «Magnum». Sacó las dos carroñas del interior y subió al «Rolls». Los disparos habían sido tan certeros que ni siquiera había una mancha de sangre. Sandra le pasó el encendedor eléctrico.

—¿Fuego?

—Parece que vas entendiendo —dijo él con suavidad—. Acabaré pidiéndote que te cases conmigo.

Y arrancó.

* * *

Si había elegido el mismo «Rolls» que le sacó del hotel no era por simple casualidad o por deseo de lucir. Tampoco porque fuera un cacharro blindando. Lo había elegido porque era natural que el lujoso vehículo volviera al hotel Djibouti conducido por su dueño y por lo tanto, nadie sospecharía al verlo. Tampoco se fijaría apenas nadie en quién era el conductor.

Rodó hasta las inmediaciones del hotel. Ya estaban las calles algo más animadas. La brisa movía los cientos de palmeras dando una sensación lujuriente, majestuosa, casi sobrecogedora. Viendo aquello, uno pensaba en lo hermosa que puede ser la vida para los que la viven. Y a la fuerza tenía uno que pensar también, por contraste, en las sórdidas oficinas, en los feos trabajos donde casi todos consumimos nuestra, existencia.

Clark Madison pensaba que la suya iba a durar muy poco.

Pero haría un buen trabajo antes.

Un hombre blanco, impecablemente vestido, apareció entonces en el camino del «Rolls» cuando este entraba en los jardines del hotel. Clark no le conocía. Seguro que era un «gorila». Se le notaba tanto el bulto de la pistola bajo la americana que los botones de esta parecían a punto de saltar.

Hizo una seña indicando el garaje privado.

Y entonces se dio cuenta de que el que conducía no era el dueño.

Estuvo a punto de lanzar un grito.

Fue a saltar.

Clark sacó aburridamente el «Magnum» por la ventanilla.

No disparó.

Solo le atizó con el cañón en plena nuca.

El gorila se desplomó hecho un fardo, pero no llegó a caer a tierra. Clark, con la mano izquierda, le sujetó por las solapas antes de que se desplomara del todo, y le envió de un empujón hacia el estanque que había a un lado. El brusco vaivén que al mismo tiempo imprimió al «Rolls» ayudó a que el golpe fuera de pronóstico. El individuo se hundió en las aguas.

Fue un rápido glu glú.

Luego nada.

—Ya nos había indicado el camino —musitó Clark—. Sin duda nos esperan ahí abajo.

Y descendió la rampa que llevaba al garaje privado. Apenas las ruedas habían tocado el suelo, al final de aquella rampa, cuando todo el piso empezó a descender. Clark se encontró en un segundo garaje más privado todavía, aunque aquello más parecía una sala de reuniones que un sitio para guardar coches.

Había una gran mesa.

Un mueble bar.

Dos tipos parecidos al primer gorila.

Pero estos llevaban metralletas. Sin duda formaban una especie de «cuerpo de guardia» de gran calidad, que tenía por misión evitar sorpresas a los altos poderes. Como esperaban la llegada del «Rolls», no hicieron ningún gesto de alarma. Uno de ellos se acercó sin mirar siquiera.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Para mí, sí —dijo Clark—. Para ti, no lo sé.

Y la clavó el cañón del «Magnum» en el bajo vientre.

Es una caricia que no le gusta a nadie. Si quiere, puede usted probar con sus mejores amigos. Los perderá enseguida.

Clark había descendido sin dejar de apuntar. El primer fulano había soltado su metralleta, y el segundo, aunque seguía empuñándola, no se atrevía a ponerla en línea de tiro. Los dos miraban asombrados a aquel aparecido que debía causarles el efecto de un verdadero fantasma.

Clark Madison escupió los restos del cigarrillo.

—Y ahora vamos a hablar, muchachos —dijo.

—¿Hablar... de qué?

—De vuestros jefes, por ejemplo.

—Nosotros dependemos de... de... Bueno, de... En fin, el señor Malville era quien nos pagaba.

—El señor Malville era el dueño del hotel, ¿no?

—¿Era?

Clark dijo plañideramente:

—Rezad por él, muchachos.

El que estaba al fondo y aún conservaba la metralleta, se dio cuenta de que aquello podía ser macabro para él e intentó disparar. Realmente se hallaba en una situación tan favorable para hacerlo que no lo dudó un momento.

No solo él disponía de un arma de tiro mucho más rápido, sino que Clark parecía distraído.

No lo estaba.

Del mismo modo que había escupido un cigarrillo escupió una bala.

Se oyó el chasquido de un frontal al hundirse. Luego el de un cuerpo al chocar contra la pared.

Por fin, silencio, un silencio solo roto por la respiración jadeante del otro guardián, que le miraba aterrado.

Clark Madison dijo con calma:

—Tranquilo, muchacho... Si colaboras, no te va a pasar nada. Lo único que quiero es saber quién manda en todo esto.

—Nos pagaba... nos pagaba el señor Malville.

—Eso ya lo sé.

—No veíamos a nadie más.

—¿Y no sabéis quién estaba por encima suyo?

—Solo... solo el señor Malville.

—¿Con quién se reunía él?

—Con gente que llegaba al hotel. Pero gente de toda clase... En un edificio de tantas habitaciones, resulta imposible controlar con quien se habla.

—¿Dónde tenía el despacho ese pájaro?

—¿El señor Malville? En el primer piso. Si quiere le acompaño hasta él.

A Clark le pareció que aquel tipo era sincero, y seguiría siéndolo mientras el miedo le devorara el cuerpo. Luego ya se vería. Pero le convenía aceptar la oferta, de modo que dijo con voz opaca:

—Adelante.

Le indicó que subiera al «Rolls». E hizo una seña a Sandra para que se apoderara de la metralleta.

Ella lo hizo con visible repugnancia. Pero clavó el cañón en el hígado de su prisionero.

Clark maniobró con el «Rolls». Ascendió por la rampa hasta llegar de nuevo a los jardines. Por allí no se veía a nadie. El viento seguía meciendo las palmeras que rodeaban el hotel; las cimbreaaba como a unas bailarinas.

Pero a unas más y a otras menos.

Clark sacó su «Magnum».

Lo hizo de una manera casi aburrida, indiferente. Apuntó a lo alto de una de aquellas palmeras que se movían menos.

Hizo fuego.

Se oyó un alarido.

El hombre que estaba en lo alto, un mulato armado con una metralleta, salió despedido al aire con una mancha negra. El arma se disparó. Los dientes de Clark Madison produjeron entonces un salvaje chirrido.

No le quedaban más que unos segundos. Dio gas rabiosamente al coche. Aquella mole de cuatro mil kilos se lanzó contra otra de las palmeras a las que el viento no conseguía mover bien.

El impacto fue brutal, pero el coche resistió. De la copa de la palmera, debido al terrible vaivén, salió despedido otro cuerpo humano.

Desde otras cuatro palmeras empezaron a disparar. Aquella era

una trampa de primera clase. Sin duda habían llegado a oír, por medio de algún sistema de micros ocultos, el disparo del garaje, y eso había desencadenado una serie de reacciones en cadena. La primera de esas reacciones había sido movilizar a toda la guardia.

Más metralletas disparaban contra el techo del vehículo.

Clark sabía que les asarían vivos.

Por eso se lanzó a toda velocidad contra los senderos que las palmeras dejaban entre sí, pasando por un par de lugares tan inverosímiles que se dejó parte de la carrocería en los troncos. Los chirridos que se produjeron fueron espantosos. Pero, al menos, consiguió que sus enemigos no le vieran, porque el propio bosque de palmeras en que se metía le estaba ocultando.

Sin embargo, había otros hombres allí.

Disparaban entre los troncos.

Todo el parabrisas del «Rolls» saltó convertido en polvo. La carrocería se llenó de impactos. Todos los instrumentos del lujoso *tablier* quedaron más picoteados que si por allí hubiera pasado una familia de termitas.

Menos mal que el «Rolls» no podía hablar, porque si no...

Clark no podía esperar tener suerte siempre. Era casi milagroso que no le hubieran alcanzado aún. Por lo tanto, cambió de dirección y se lanzó a terreno vacío, volando materialmente hacia las escaleras del hotel.

Las balas le siguieron.

Pero ahora sus enemigos estaban desorientados. No sabían adonde se dirigía aquel loco. Clark vio que dos esbirros más, armados con escopetas de cañones aserrados, le esperaban al borde de la piscina.

Y se lanzó contra ellos.

No lo pensó un instante.

Si les dejaba disparar, estaba perdido.

Dio un bandazo que hizo temblar hasta la barra de torsión del coche y giró sobre dos ruedas al borde mismo del agua. Todo el «Rolls» se movió como una palanca que giraba hacia los dos hombres.

Estos no pudieron apartarse.

Ni disparar.

Fueron al agua de cabeza cuando aquella mole les alcanzó. Uno

tuvo suerte porque solo resultó con las piernas rotas, pero el otro estaba ya muerto cuando se hundió poco a poco en el líquido transparente.

Pareció que el «Rolls» se iba a hundir también.

Pero el espectacular bandazo continuaba. Las ruedas lanzaron al aire un chirrido estridente. Toda la popa del enorme coche pareció ir a hundirse, pero, al fin, se enderezó. Ahora, Clark Madison iba en línea recta hacia las escaleras de mármol del hotel, donde varios criados le miraban con asombro.

No iban armados. Aquello no les importaba. Lo único que hicieron fue lanzar una serie de alaridos que parecieron volverles a la selva y luego lanzarse a los lados para evitar la acometida del «Rolls». Este no venía a por ellos, sino que su conductor solo pretendía esquivar las balas. Y no veía sitio mejor protegido que el interior del propio hotel.

Claro que... ¡meterse allí con un «Rolls»!

¡Y subir las escaleras!

Era demasiado. ¿O no lo era?

De pronto, el coche, lanzado a ciento noventa, pareció detenerse en el aire. Clark había hecho un cambio de marchas digno de un «fórmula uno». En menos de dos segundos redujo de cuarta a primera. Todos los engranajes chirriaron. Pero las ruedas ya estaban engranadas a la primera velocidad cuando se encontraron ante los peldaños.

¡Y el «Rolls» subió!

¡Tenía fuerza para eso y más!

¡Podía hacer perfectamente lo que hubiera hecho un vulgar «todo terreno»! ¡Sus cinco mil centímetros cúbicos de potencia rugían al máximo! ¡Su motor rugía! ¡La suspensión parecía ir a saltar!

Varias balas se perdieron en las escaleras. La desorientación de los que disparaban contra Clark Madison era total. De pronto, el lujoso morro del coche se encontró ante la puerta.

Clark puso segunda.

Dio gas.

¡Al diablo!

Toda la puerta de cristales saltó. Un par de tabiques de adorno se fueron al infierno. Las plantas exóticas que adornaban el

vestíbulo saltaron en todas direcciones, como si estuvieran animadas de vida.

Clark seguía dando gas y ganando impulso. Las ruedas patinaron, sin embargo, en el bruído mármol del hotel.

Dio un terrible bandazo.

El mostrador de recepción.

¡Al diablo también!

Varios empleados saltaron por los aires, aunque ninguno de ellos fue herido. Docenas de llaves de las habitaciones rebrincaron. Ahora, Clark había perdido por unos momentos el control de su coche y no podía dominarlo.

Otra puerta de cristales.

Esta daba al gigantesco bar estilo americano donde había una barra de caoba y docenas de taburetes con chicas. Clark Madison comprendió que no tenía más remedio que ir hacia allí o estrellarse contra la pared. De modo que se llevó por delante la puerta y entró a ciento cuarenta en aquel recinto donde sonaba una lánguida música de violines. Aquella música fue inmediatamente coreada por los gritos de todos los camareros y todas las chicas. Los taburetes empezaron a volar.

El guardabarros derecho del «Rolls» los había alcanzado de través. Clark no hirió seriamente a nadie, pero las chicas saltaron en todas direcciones y en todas las posturas.

Había chicas de todos los colores.

Negras.

Mulatas.

Hasta alguna nórdica.

Y vestidos de todas las marcas y colores, desde el rojo al amarillo limón, desde el negro al crema. La variedad no podía ser más completa.

Entre la velocidad que llevaba y lo que estaba viendo, Clark Madison sintió que se mareaba. La que también estaba mareada era Sandra, pero por otras razones. Veía que se mataban los dos.

Algunas chicas se estrellaron contra los cristales, aunque sin hacerse demasiado daño. A los veinte años, una mujer lo resiste todo. Los taburetes, en cambio, se partieron en pedazos mientras se hundía parte de la barra.

Los camareros negros aullaban, aunque en el fondo aquello les

importaba un comino, porque la barra no era suya, sino del hotel. Varios anaqueles con botellas también se hundieron a causa de la espantosa vibración.

El estrépito fue, por unos momentos, similar al que hubiera causado un terremoto.

Clark no disminuía la velocidad.

—¡Sujétate!

Sandra no necesitaba aquella advertencia, porque se agarraba adonde podía para no salir despedida. Por supuesto que no había tenido tiempo de ponerse el cinturón de seguridad ni tampoco le interesaba, porque en cualquier momento podía verse obligada a saltar fuera del «Rolls». Clark Madison vio que las cristalerías del otro lado del vestíbulo se acercaban meteóricamente.

Agachó la cabeza.

El «Rolls» pareció volar. Sus enormes ruedas le daban el impulso de un tanque.

Atravesó los cristales como los hubiera atravesado una bala de cañón. Toda la fachada del hotel dio la sensación de ir a hundirse. Dos hombres armados con rifles que habían entrado en persecución del «Rolls» quedaron asombrados, como si sufrieran una alucinación. Sus balas acabaron de destrozar lo que quedaba de la cristalera, pero el «Rolls» ya no estaba allí. Ahora rodaba por un enorme campo de golf, ya sin ninguna clase de problemas, hasta perderse de vista. Clark Madison acababa de escapar a una encerrona en la que habían participado al menos quince hombres. Varios de ellos yacían muertos entre las palmeras, con los ojos todavía dilatados por el asombro, como si aún pensarán que era mentira lo que habían visto.

Y lo que ya no volverían a ver.

Clark suspiró aliviado durante unos instantes.

Pensaba que ahora iba a poder estar tranquilo.

También pensaba lo mismo Sandra, quien echó la cabeza hacia atrás y suspiró hondamente. Pero de pronto casi pegó un brinco en su asiento.

—¡Allí! —gimió.

Un avión acababa de aparecer por encima de las dunas de arena que separaban el campo de golf de la playa. Venía hacia ellos en línea recta.

Clark Madison lo identificó al instante. Era un «Blue Cheyenne», fabricado por la Pratt & Whitney, con dos turborreactores y capaz de servir como estupendo taxi aéreo para medias distancias. Pero ahora no servía para transportar pasajeros, sino para transportar la muerte. Dada la maniobrabilidad de aquel aparato, podía hacer casi lo mismo que un helicóptero, con la diferencia a su favor de que era capaz de transportar una buena carga de bombas.

Y venía hacia ellos apenas a cien metros de altura.

Como necesitaba poco terreno para despegar, podía haber brotado incluso de uno de los lados del campo de golf. Una vez les hubiese liquidado volvería a posarse en el mismo sitio, pues lógicamente no necesitaría más que una «pasada» para aquel trabajo.

Clark murmuró:

—Parece que están dispuestos a acabar con nosotros como sea... Vas a tener que seguir agarrándote bien, muñeca.

—Clark, esa gente son... son invencibles.

—¿Y qué quieres? ¿Que les dé la razón y me deje bombardear?

Porque, en efecto, el avión les iba a soltar un pildorazo. Eso estaba claro. Y en el terreno descubierto en que estaban, no habría modo de esquivarlos, a menos que...

Clark había dado gas de nuevo. El motor volvió a rugir como si le hubieran metido un tigre dentro. El campo de golf no ofrecía ningún refugio, pero, en cambio, tenía una ventaja: uno podía volar a la máxima velocidad en cualquier dirección. Y podía hacer las «eses» y las fintas con una rapidez fabulosa, cambiando de dirección como un rayo. Ahí estaba la única posibilidad de vivir para Clark y Sandra, si es que aún conservaban alguna.

Se lanzaron hacia las dunas a casi doscientos por hora. Todo lo que el motor daba de sí. La máxima potencia, la máxima locura.

Clark giró entonces hacia la izquierda bruscamente. En condiciones normales el coche hubiera volcado, pese a su fantástica estabilidad, pero él eligió una zona bastante inclinada del campo de golf, una zona que ofrecía una especie de peralte, como en las grandes pistas de carreras. De ese modo pudo evitar el vuelco y logró cambiar de dirección en menos de un segundo. El avión, que ya estaba encima, no tuvo posibilidad de prever aquella brusca maniobra.

Dejó caer la primera bomba.

No era demasiado grande. Unos cien kilos. Pero se trataba de una bomba de fósforo que podía convertir el coche en una tea con solo rozarlo. Aquellos buitres no se privaban de nada.

Estalló a unos cien metros. El avión dio entonces un rápido giro para enfilar la dirección del coche, mientras el aire parecía rugir. A la poca altura a que iba, el avión necesitaba un piloto muy experto, porque de lo contrario se iba al diablo. Incluso llegó a dar la sensación de que una de sus alas, con la inclinación, alcanzaba a rozar el suelo.

Clark lo vio por el retrovisor.

—Viene otra vez a por nosotros —dijo.

—Ahora no... no podrás esquivarlo.

—Por lo menos lo intentaré. Más allá de las dunas está la playa y las ruedas se hundirían en la arena. He de evitar ese peligro. No me queda más remedio que ir hacia la derecha.

—¿Hacia las palmeras?

—Sí, pero voy a cruzarme en la línea del avión. O doy otra vez un quiebro cuando esté debajo o...

Y dio gas de nuevo. La suspensión estaba a punto de saltar. El coche brincaba como un canguro. La muchacha había sufrido ya tantos golpes en la cabeza que estaba a punto de perder el sentido.

—¡Cuidado!

Fue un instintivo grito de horror. Creyó que volcaban. Clark había dado dos golpes de volante que hicieron chirriar el «Rolls» entero. Una de las ruedas empezó a bambolearse terriblemente.

Pero habían fintado en veinte metros de terreno, cuando caía la segunda bomba. Esta pareció ir hacia ellos, no explotó, dio un salto como si estuviera animada de vida... ¡Y vino a su encuentro! ¡Cualquiera hubiese jurado que les buscaba!

Clark Madison hubo de fingir otra vez, con todos los nervios en tensión, sintiendo que esta vez la suspensión del coche se deshacía. Todos aquellos bandazos solo los hubiera podido resistir un tanque. La bomba estalló a unos cincuenta metros y solo por un par de palmos no les alcanzaron las salpicaduras del fuego.

Estaban ya en el camino de las palmeras. El «Rolls» iba a meterse entre ellas como una exhalación. El piloto del avión se dio cuenta de que podía perderle de vista e inició un picado para soltar la

tercera bomba justo al borde de las palmeras, en el punto exacto hacia el que iba el «Rolls». Clark Madison se dio cuenta de eso por el ruido, ya que lo tenía materialmente encima y no podía verle. Y entonces inició la última maniobra, la más loca de todas. Lanzado a ciento noventa, dio un nuevo golpe al volante, ahora hacia la izquierda, sabiendo que el patinazo podía enviarle contra los árboles y convertir el «Rolls» en migajas.

Paro con aquel giro temerario trataba de obligar a girar también al del avión, ya que este no tenía más remedio que perseguirle. Si el piloto era un hombre de reflejos rápidos, giraría casi al mismo tiempo que él.

Y, en efecto, el piloto era un hombre de reflejos rápidos. Inclino el timón hacia la izquierda para virar. Confiando ciegamente en la maniobrabilidad del aparato, no se dio cuenta de que estaba demasiado cerca de las palmeras y, además, a muy baja altura. Normalmente hubiera pasado bien por encima de las copas, pero al inclinarse tan bruscamente, una de las alas descendió varios metros.

Los suficientes para llevarse una copa de palmera por delante.

Y otra.

¡Y OTRA...!

Ahora el que dio un terrible bandazo fue el avión. Bruscamente, toda su estructura crepitó. El estampido fue horrisono, aparato fue tragado en unos segundos por el bosque de palmeras, al capotar brutalmente.

Y el universo entero pareció estallar.

Los tanques de gasolina ardieron. Las dos bombas de fósforo que aún llevaba entraron en ignición. Pavesas llameantes fueron, lanzadas a más de dos kilómetros de distancia. El «Rolls» mismo quedó envuelto por ellas en parte, pero gracias a su velocidad pudo salir a tiempo. Con solo tres ruedas, pues una había saltado, fue a estrellarse ruidosamente contra una de las dunas que limitaban la playa.

El choque fue brutal, pero Clark y Sandra ya lo esperaban. Habían preparado sus cuerpos cuando vieron llegar la duna. Durante unos instantes, la sensación de que sus huesos se les escapaban por todas partes fue casi angustiada. Luego quedaron espantosamente inmóviles, anhelantes, oyendo solo el ritmo de sus respiraciones que jadeaban.

El «Rolls» echaba humo por todas sus juntas. En pocos minutos se había convertido de un coche flamante en pura chatarra. Lo único que seguía casi intacto era el motor, pero la suspensión, la dirección y las ruedas estaban hechas polvo.

Clark Madison alzó un poco la cabeza.

No sabía aún bien si estaba vivo o muerto,

«Estoy vivo», pensó.

Luego, inadvertidamente, al girarse, golpeó con el codo a la muchacha.

Esta le largó un guantazo, A continuación respiró profundamente y descubrió que la tensión nerviosa que sufría, se relajaba.

«Estoy viva», pensó.

A Clark solo le faltó aquel guantazo para acabar de marearse. El cerebro ya casi le salía por las orejas, de modo que sacó un poco la cabeza por el hueco donde ya no había parabrisas, tragó aire y susurró:

—Esto habría que... celebrarlo.

—¿De qué modo?

—Se me ocurren dos o tres docenas de cosas, nena. Una de ellas, ir a tomarnos un whisky.

—Quizá tengas razón —musitó Sandra—, pero tendremos que ir a pie. No creo que a este «Rolls» se le pueda sacar ya mucho provecho.

Y fue a salir del coche.

Por un momento fue un blanco perfecto.

Pero no podía darse cuenta de eso.

No advirtió que un rifle con mira telescópica le estaba apuntando a menos de quinientas yardas. Y que su cabeza perfectamente dibujada, había aparecido ya de lleno en la cruz del antejo.

En el círculo de la muerte.

Capítulo X

LOS AMIGOS SON LOS AMIGOS

EL hombre que le estaba apuntando desde más allá de las dunas perfiló un poco mejor la figura y se dispuso para el disparo. Todo estaba perfecto. Conteniendo la respiración para que nada alterase su pulso, apretó el gatillo.

O al menos creyó que lo hacía. Cuando aquel hombre se fue al Más Allá, estaba completamente seguro de haberle dado al disparador y de haber hecho blanco, pero la realidad fue muy otra. Ni se dio cuenta de que reventaba antes de poder cerrar el dedo. No advirtió que la bala «dum-dum» del nueve largo le entraba por la sien izquierda y se le quedaba alojada en la cabeza. Su cerebro pareció estallar. Y, en efecto, estalló, porque la bala explosiva produjo un efecto demoledor entre los huesos del cráneo. Pero un hombre al que someten a ese «tratamiento» ni siquiera se entera de nada, lo cual no deja de ser una ventaja.

Mientras tanto, Clark Madison dio un empujón a la muchacha, a fin de derribarla a tierra, al escuchar el disparo. Estaba convencido de que las balas vendrían a por ellos. Pero no fue así, sino todo lo contrario: una figura apareció entre dos de las dunas. Llevaba también un rifle provisto de mira telescópica, pero un rifle, además, que cargaba balas pesadas y que podía convertirse en una temible arma de guerra.

El hombre vestía con cierta desenvoltura: unos tejanos grises, una camisa blanca casi desabrochada del todo y unas botas de cuero trabajado. Era joven y tenía pinta atlética. Un verdadero hombre de acción de los que pueden hacer fortuna en cualquier servicio secreto del mundo.

En fin, un tipo muy parecido a Clark.

Este le miró con los ojos entrecerrados, sin poder creerlo, pensando que se trataba de una alucinación.

No podía ser.

O al menos pensaba que era imposible.

Pero si aquel hombre tenía que estar en... Tenía que estar en...

—Nikky... —masculló—. ¡Nikky Palermo...!

Su compañero se acercó a él. El rifle aún humeaba. El hombre por cuya causa indirecta estaba Clark metido en aquel lío, vino hacia ellos pisando la suave arena de las dunas. Una sonrisa casi alegre brillaba en sus labios.

Cuando estaba aún a unos diez metros, preguntó:

—¿Sorprendido, Clark?

—Deja que te toque, maldito Nikky Palermo de las narices. Necesito convencerme de que esta no es otra de tus bromas.

—Puedes tocarme lo que quieras. Soy yo mismo, muchacho. Ya sé que tú suponías que estaba en Nueva Delhi, pero mi trabajo allí terminó mucho antes de lo que esperaba. Encontré a mi víctima en el mismísimo aeropuerto. Fue una casualidad. No tuve más que mover un poco la mano y... ¡zas!... Trabajo hecho.

—¿Y entonces viniste aquí?

—Sí. Sabía que aún debías estar en Djibouti. He llegado hace veinte minutos escasos y me he encontrado con todo este jaleo. ¿Crees que he tenido necesidad de hacer una sola pregunta a alguien? No, nada de eso. Al escuchar toda esa zarandaja he pensado: «Sí, ese condenado de Clark Madison sigue en Djibouti.» Y al darme cuenta de que, desde un simple coche, habías «derribado» un avión, me he convencido de que tenías que ser tú. Me hubiera apostado las dos manos. De modo que he montado el rifle que siempre llevo en el fondo de la maleta, le he metido en la recámara unas cuantas balas de las del pildorazo gordo y me he acercado a las dunas, porque estaba seguro de que la cosa aún estaba caliente y de que terminarías necesitando ayuda. Y así ha sido. A poca distancia de aquí había un fulano que parecía sentir un enorme interés por este coche. Le he apuntado a las sienes y... Bueno, el resto ya lo sabéis. Mi rifle no falla nunca.

Clark estaba maravillado por lo providencial que había resultado la intervención de su amigo. De su puntería no podía dudar, pero, además, esta vez su sentido de la oportunidad había resultado

fabuloso. Si Sandra y él estaban vivos, era gracias a Nikky Palermo.

Le estrechó la mano.

—No sé si alguna vez podré pagártelo —dijo.

—Nadie te ha dicho que pagues nada. Bueno, sí. Puestos en este plan, puedes pagarme un whisky.

Y rio alegremente, como si nada de aquello le importara. Ya había olvidado a su novia, ya había olvidado a aquella pobre muchacha de Dahomey que murió por no querer ser esclava. Pero la vida de los hombres como Clark Madison era esta: se mataba y se olvidaba la muerte. Se moría y se hacía a la muerte un corte de manga. No había que pensar en ella más de lo necesario. No hacía falta. No hubieran entendido otra cosa.

Y además, Nikky Palermo sabía que su novia había sido vengada. Y tan vengada... Sabía bien que Clark Madison habría derramado ya todas las gotas de sangre que tenían que ser derramadas, o al menos tenía motivos para saberlo.

Mientras se encogía de hombros murmuró:

—Creo que podemos volver al hotel, porque lo peor del follón ya ha pasado. Oye, ¿de quién es ese «Rolls»?

—Me parece que del dueño o el gerente del Djibouti. No lo sé muy bien. No he tenido tiempo para fijarme en ese detalle.

—Pues espero que esté asegurado a todo riesgo, porque de lo contrario... ¡Menudo lote le habéis dado al pobre! En fin, vamos.

Regresaron a pie hasta el hotel, que no estaba lejos.

Ya no quedaba ni rastro de los pistoleros que antes se enfrentaron a Clark Madison. Solo unos cuantos criados negros que les miraban temerosos, como si estuvieran seguros de que ellos iban a palmarla también.

Aunque el bar estaba semidestrozado, parte de las banquetas habían vuelto a su sitio y la barra aparecía apuntalada. Las chicas ya no estaban, pero los camareros permanecían allí. Clark se apoderó de una botella de «Chivas» que tenía un aspecto la mar de venerable. Escanció en tres vasos el dorado líquido.

—Por los honorables difuntos —brindó—. Por todos los que sirven a los nuevos millonarios de Oriente Medio. Por todos los que les proporcionan las mejores chicas del mundo. Por todos los que matan en su nombre. Por todos los que han reinstaurado otra vez la esclavitud en el siglo XX, haciendo que el terror vuelva a África

como en los años de la Edad. Media. A todos ellos les deseo la mejor salud del mundo. Y espero que se encuentren a gusto en sus tumbas.

Bebió.

Nikky Palermo le miraba fijamente.

Sabía que Clark Madison era de los que luchan hasta el fin. Sabía que no se arredraba ante nada. El que quisiera acabar con él tendría que hacerlo muy bien. Tendría que arriesgar mucho para, en el momento decisivo, poseer la carta más alta.

Él bebió también.

Y dijo, con voz apacible:

—Has matado a muchos sicarios, a muchos asesinos a sueldo que trabajan para la Organización. Pero, ¿quién la manda aquí? ¿Quién dirige esa red al servicio de los grandes jeques de Oriente Medio? En otras palabras: ¿dónde está la cabeza de la serpiente? Porque mientras no cortes la cabeza de la serpiente no habrás conseguido nada.

—Lo sé, pero no puedo darte ninguna respuesta, Nikky.

—¿Por qué?

—Porque no sé quién es el cerebro de esa organización. Ha de ser alguien con contactos en todo el mundo, con poderosos medios financieros y con un dominio perfecto de los idiomas, porque de lo contrario no hubiera podido conseguir lo que ha logrado. Crear una red de contrabando de seres humanos a través de casi todo el mundo, no es tan fácil. Sé que no solo han sido raptadas muchachas africanas, sino chiquillos de Buenos Aires, de La Paz, de Mérida, de las aldeas de Matto Grosso y hasta de algunas ciudades de los Estados Unidos. He ido recordando mil detalles, mil cosas a las que antes quizá no presté la debida atención. Cada año desaparecen miles y miles de muchachas a las que nadie vuelve a encontrar jamás. Muchachas a las que, pasado algún tiempo, nadie busca. Si cada una de ellas vale unos treinta mil dólares puesta en los emiratos árabes, ¿qué clase de negocio es ese? Ni el tráfico de drogas da tanto y, además, la «demanda» en esos emiratos es siempre constante y hasta te diré que va en aumento... Por lo tanto, se trata de una organización muy poderosa, dispuesta a saltarse todas las barreras y agotar todos los medios.

—No hace falta que me lo digas —murmuró Nikky Palermo—. He tenido ocasión de comprobar algo de eso. Hablando en términos

técnicos, tú ya tendrías que haber muerto novecientas noventa y nueve veces. Lo que pasa es que contigo han encontrado un hueso duro de roer. ¿Pero qué piensas hacer ahora? ¿Por dónde vas a seguir?

—No lo sé —confesó Clark Madison—. Es posible que estén complicadas altas personalidades políticas de este país, así como algunos movimientos pro árabes que disponen de abundantes fondos sin que se sepa de dónde salen. Esa gente no solo consigue dinero por sus «servicios», sino poder efectivo en la política y en las finanzas, con lo cual su red se puede extender más y más y hacerse también más y más poderosa. Pero por el momento no sé en qué dirección seguir. Creo que lo que me conviene es descansar un poco para poner mi cerebro en orden. Estoy molido.

Y terminó su vaso de whisky.

Era verdad que todo el cuerpo le hacía daño. Necesitaba tumbarse en algún sitio o estallaría. Dijo a Sandra:

—Alguna habitación habrá libre en este hotel. O una *suite* de lujo. De todos modos tampoco pienso pagarla...

Sandra le miró significativamente.

—¿Ta acompaño? —preguntó.

Podía decirse que era una chica sin manías.

O quizá la proximidad de la muerte la había hecho cambiar. Hay mujeres que no piensan en el sexo, que lo consideran una cosa absolutamente marginal. De hecho, son la mayoría. Pero a veces el soplo de la muerte las hace cambiar. Se dan cuenta de que el aliento se les va, de que solo en unos segundos pueden convertirse en cenizas. Y entonces sienten un rabioso deseo de vivir, un deseo que a veces solo dura unos minutos, hasta que vuelven a la normalidad sosegada de sus existencias. Pero Sandra estaba en uno de esos minutos.

Los ojos de Clark Madison chispearon. Era como si hubiese en ellos una sonrisa,

—Hay momentos en que un hombre necesita pensar solo —dijo con voz opaca—. Gracias.

Ella apretó levemente los labios.

Pero sabía que no era un desprecio.

También en el fondo de sus ojos pareció brillar una lucecita.

—En realidad, nuestra amistad empieza ahora, Clark —susurró

—. Tiempo queda,

Y se separaron. Fueron a descansar a habitaciones distintas. Lo necesitaban de verdad. El único que se quedó en el bar, «haciendo gasto», pero sin pensar soltar ni medio dólar, fue Nikky Palermo.

Más le hubiera valido a Clark quedarse junto a Sandra. Más le hubiera valido no dejarla un momento sola.

Porque las cosas cambiaron en los minutos siguientes. Porque otra vez las puertas de la tumba se abrieron ante sus ojos.

Y eso que allí todo invitaba a vivir en grande.

Capítulo XI

UN GRITO, UNAS PIERNAS, UNA CHICA

PESE a todos los destrozos, pese a los líos infernales que poco antes habían tenido lugar en el hotel, este conservaba una apariencia bastante aproximada a la normalidad. La policía indígena estaba en el palmeral, rodeando el avión destrozado, y haciendo preguntas a los turistas de la playa que habían podido ver algo de aquello. Pero los turistas tenían una idea muy confusa de aquel mejunje. Los camareros sí que lo sabían todo, o casi todo, pero por el momento nadie se ocupaba de ellos. La policía indígena, que era mucho más racista que los hombres blancos, les consideraba elementos de segunda categoría, como si no tuvieran ojos para ver ni boca para hablar. Claro que más tarde les interrogarían, y Clark tendría que enfrentarse a las consecuencias de todo aquel lío. El joven sabía, eso, pero no le importaba.

Lo esencial era que ahora necesitaba descansar.

Y pensar. Hacer que en su cerebro convertido en un caos hubiera un poco de orden.

Otra, negraza de altos tacones, de formas opulentas, de sonrisa apta para anunciar un dentífrico, estaba de servicio en los ascensores. De momento parecía como si allí no hubiera pasado nada. Por pura inercia, el hotel tendía hacia las formas de vida normal.

La chica murmuró:

—¿Qué habitación, señor?

—Una *suite* que esté libre. No importa el precio: la más cara. Al fin y al cabo, tampoco pienso pagarla.

Y entró en la *suite*.

Buena vida para la gente con pasta larga.

Mueble-bar con todo de todo.

Inmensa cama redonda al gusto árabe, con capacidad para un número indeterminado de personas. Allí no se carecía de «espacio vital».

Aire acondicionado.

Música estereofónica. Ocho canales. Televisión en color, aunque resultaba dudoso saber qué programas se recibían. Cuarto de baño con bañera a todo tren. Muebles de gran lujo, cortinas de seda.

Todo el dinero de Oriente Medio y toda la seducción de África.

Clark Madison se dejó caer en la cama.

Bueno, aquello era vivir.

O morir.

Porque al instante oyó un grito lacerante que venía de arriba. Un grito que parecía atravesar el espacio, llegar hasta el palmeral lujurioso, perderse en las dunas de arena. Un grito de mujer que él identificó en menos de un segundo.

¡Sandra!

¡Sandra estaba en peligro!

¡Y allí, sobre su cabeza!

Clark Madison saltó hacia la ventana con la velocidad de un tigre. Miró hacia arriba. Y entonces la vio. La chica estaba en el piso once.

Colgada de una pierna.

Pendiendo en el abismo.

Suspendida sobre la muerte por medio de un delgado hilo de seda que podía ser cortado en cualquier momento.

Gritando al borde de su tumba.

Capítulo XII

HERMANO CLARK, LO SIENTO

CLARK MADISON pensó en unas décimas de segundo, febrilmente, en el cuerpo humano que había visto caer cuando llegó al hotel. En el cuerpo destrozado del pobre Munt. ¿Había sido también desde el piso once? Eso no importaba; lo único cierto era que el cuerpo de Sandra también quedaría despedazado sobre las losas. Su cabeza estallaría. Su sangre saltaría también hacia la piscina de aguas límpidas.

Una especie de rugido brotó de la garganta de Clark.

No pensó que podía ser una trampa para atraerle hacia allí. No pensó nada. Sus ojos se nublaron. Por un momento dejó de ser el hombre que lo preveía todo para convertirse en un ser que sufría. En un hombre que tenía una sola obsesión: salvar a una mujer.

Salió disparado de allí para subir hacia el piso once. La velocidad de sus movimientos era la de un corredor olímpico, pero nada delataba, fuera de eso, su tesón ni la tempestad que rugía en su cráneo. Sus facciones estaban tan tranquilas como si se dirigiera a un cóctel... Vio el ascensor parado en la planta, pues siempre había uno disponible en la sección de *suites* de lujo, para que los clientes de importancia no tuvieran que esperar. La negraza le miró con los ojos entornados.

—¿Ha cambiado de opinión, señor? ¿Necesita camarera?

—Lo que necesito es ir al piso once.

—Pues para eso estoy aquí, señor,

—Gracias, iré a pie.

Y empezó a subir los peldaños de cuatro en cuatro. La chica dijo con una sonrisa:

—Bueno, le esperaré arriba por si cambia de opinión, señor. A lo

mejor, luego, se le ocurre bajar.

Y la chica pulsó los botones y se cerró la puerta. Clark Madison se volvió de pronto. De su garganta escapó un grito.

—¡No! —aulló—. ¡Maldita sea! ¡No lo haga!

Él estaba subiendo por las escaleras por una razón muy concreta, muy especial. Y no quería que aquella preciosa muchacha sufriera el... Pero ella no le había oído. El ascensor estaba elevándose ya. Era el que normalmente debió tomar él para ir al piso once. Y los de arriba lo sabían.

Clark se llevó unos instantes las manos a los ojos. Sus dientes chirriaron. La horrible explosión casi le hizo temblar, cuando se estremecieron las paredes del edificio.

El detonador de la carga colocada en el ascensor había sido accionado desde arriba. Toda la caja se desprendió. El interior de la cabina se convirtió en un infierno.

Adiós negraza de las formas opulentas. Adiós camarera voluntaria. Adiós sonrisa especial para millonarios. Adiós la carne prieta, joven y limpia.

Dulce muchacha color canela, adiós.

Los dientes de Clark Madison volvieron a chirriar a causa del odio que le dominaba. Si antes había subido los peldaños de cuatro en cuatro, ahora los subió de cinco en cinco. Y sin fatiga aparente. Como una máquina, Como si sus músculos, su cerebro, sus pulmones, fueran de metal.

Piso nueve, diez... ¡Once!

Dos tipos estaban allí, en el descansillo, junto al hueco del ascensor. Miraban hacia abajo negligentemente.

Uno de ellos dijo:

—Ya se ha asado, jefe. Tiene que haberse ido al infierno con la chica. Del ascensor no quedan ni los cables.

Y el otro comentó:

—Lo siento por ella. Era una tía buena,

Y fueron hacia el interior de una habitación. O al menos se empezaron a dirigir hacia ella. Pero de pronto se volvieron al oír unas pisadas en la escalera. Sus ojos dieron un salto en las órbitas mientras sus rostros se volvían instantáneamente de color ceniza.

Vieron a Clark Madison.

Y el «Magnum».

Y la muerte.

Clark Madison no les dio ninguna oportunidad. No perdió tiempo con ellos. Disparó dos veces.

Los dos cayeron por el hueco del ascensor. Ni siquiera aullaron. No se dieron cuenta de que rebotaban contra las paredes, que sus cuerpos se partían en pedazos. Tampoco Clark Madison pensó en eso. Descanso eterno.

Entró en la habitación.

Y vio el catre del que colgaba Sandra. El delgado cable de seda a uno de cuyos extremos estaba la muchacha, balanceándose en el vacío, y el otro sujeto a una de las patas de la cama. Bastaba una leve presión con la hoja de un cuchillo para que aquel cable quedara segado en dos. Y para que el hermoso cuerpo que ahora colgaba sobre el abismo se convirtiera en una pulpa roja.

Y eso podía producirse en cualquier momento. Porque el cuchillo ya estaba allí. Apoyado en el hilo de seda.

El hombre que lo sostenía sonrió delicadamente.

—Lo siento, hermano Clark —dijo.

Y movió la derecha como si fuese a apretar.

Siempre con aquella sonrisa delicada.

Con aquel rostro que parecía no reflejar ninguna emoción.

Con el rostro imperturbable de Nikky Palermo.

Capítulo XIII

FLORES ROJAS EN TU TUMBA

SI a Clark Madison lo hubieran dejado de repente sin sangre, si le hubieran cortado los tendones, si le hubieran inyectado un líquido paralizante en el cerebro, no hubiera sentido la debilidad, la flojedad, el cansancio infinito que entonces sintió. No se hubiera notado tan al borde del desastre como entonces. No hubiera sentido de un modo tan atroz que todo daba vueltas en torno suyo.

—Pero tú... —dijo con un soplo de voz—, tú...

—Sí, muchacho —dijo Nikky Palermo con voz tranquila—. Cuando definías al hombre que tenía que dirigir esa organización, hace poco en el bar, me estabas definiendo a mí, y sin embargo, no te dabas cuenta. Decidido, con contactos a alto nivel, dominador de numerosos idiomas, perfecto viajero por todo el mundo... Yo fui uno de los creadores de esa organización, y llevo dirigiéndola dos años, con beneficios que ni el propio Lucky Luciano llegó a tener en sus mejores tiempos. Tú nunca lo hubieras sospechado como no lo sospechó nadie. Periódicamente hacía que me destinaran a esta zona para un trabajo, y ello me permitía ponerme en contacto con los mandos intermedios y atender «sobre el terreno» los problemas del negocio. Todo sin que nadie recelara de mí.

Jugueteó con el cuchillo. Sabía que tenía a su merced a Madison, porque este no se atrevería a disparar. Una leve presión de la hoja de acero enviaría a la muchacha al infierno. Y eso él lo conseguiría aunque le clavaran una bala entre las cejas... No, Clark Madison no se atrevería a disparar porque además necesitaba saberlo todo. No se acordaría ni de que tenía un «Magnum» mientras él hablase.

—Ahora tenía previsto un viaje casi rutinario —continuó Nikky

Palermo—, pero a última hora lo cambiaron. Te enviaron a ti en mi lugar, y contra eso no podía hacer nada. Lo malo fue que algunos de los mandos intermedios que gobernaban toda esta zona quisieron demostrarme su inteligencia y su eficacia, los muy idiotas, lanzando por la ventana, a mi llegada, a un periodista que había metido demasiado las narices en nuestros negocios. Era como un saludo que me dirigían para que yo pensara: «¡Qué grandes son! ¡Eliminan a cualquiera que estorbe!» Porque ellos creían que el que llegaba era yo, no tú. Y Munt saltó por la ventana para saludarte. Ahí empezó tu intervención que yo no deseaba. Ahí empezó todo.

Clark dijo con un hilo de voz:

—Pero tú me habías metido también un poco en el asunto. Me habías dicho que viera a aquella muchacha, la cual estaba en peligro... ¿No era una imprudencia por tu parte? ¿No era un modo de que yo me enterase de cosas que a ti te podían perjudicar?

Palermo negó con un gesto suave de cabeza, mientras sus labios dibujaban una sonrisa.

—Esa era una «carta de reserva» que quizá necesitara jugar — musitó—. Yo no tengo que pensar en todo. Como ya no tenía tiempo de avisar que el que llegaba eras tú y no yo, te pedí que vieras a esa muchacha. Yo sabía bien que ella estaba aterrorizada y que no te diría nada de que pensaban venderla como esclava. Si te lo decía, peor para ti. Lo lógico era que no le sacases más que cuatro palabras imprecisas que no te servirían de nada. ¿Preguntas qué obtenía yo con eso? Pues muy sencillo: saber que se te podía encontrar donde estuviera ella. En caso de que metieras las narices en algo, en caso de que te enterases de demasiadas cosas, a causa de ese instinto de perro sabueso que tienes, mis pistoleros sabrían dónde localizarte para terminar contigo. Pero las cosas se complicaron con otra cosa que yo no podía haber tenido en cuenta de ningún modo: la presencia de aquel maldito hechicero, de aquel imbécil que no quería que las mujeres de su tribu fueran esclavas. Eso terminó de enredarte en el asunto para siempre. Pero ahora has caído en la trampa, Clark, ahora estás aquí y sabes que vas a morir si no sueltas ese revólver. Porque, si lo sueltas, se salvará la muchacha que está ahí abajo y tal vez lleguemos a un acuerdo. Lógicamente tenías que haber muerto ya en el ascensor, puesto que estás aquí podemos hablar. Si no lo haces... quizá me mates, no lo

dudo. Pero entonces ella morirá también.

Clark Madison sabía que eso era cierto. Sabía que no podía elegir.

Y era lo bastante «duro» para que no le importase la vida de una mujer. Pero en este caso, con un solo gesto, era él quien la condenaba a muerte. Y eso se le hizo insoportable: imaginó su cuerpo como el de Munt. No pudo resistirlo.

Soltó el «Magnum».

Una risita malévola apareció entonces en los ojos de Nikky Palermo. Lo tenía en su poder. Podía hacer con él lo que quisiera. Y lo primero que hizo fue presionar con el cuchillo para cortar el cable y enviar a la chica al infierno.

Pero Clark Madison ya se había dado cuenta de que eso podía suceder. Ya estaba preparado. Ya contaba con la última traición.

Por eso se había lanzado hacia la ventana con la velocidad del rayo. Teniendo las dos manos libres, pues ahora no le estorbaba el «Magnum», pudo sujetar el hilo cuando este ya se deslizaba irremediabilmente abajo, impulsado por el peso de la muchacha. Lo detuvo *in extremis* cuando ya Sandra volaba hacia la muerte. Y bruscamente hizo con el hilo algo que parecía increíble: Tiró de él para entrar hacia el centro de la habitación, hacia donde estaba Palermo. Este no adivinó la maniobra.

Solo le envió un «viaje» con el cuchillo. Pero falló. Sus ojos se desencajaron cuando el fino hilo dio una rapidísima vuelta en torno a su cuello, una vuelta mortífera cuya rapidez hubiera envidiado un prestidigitador. Y aquel hilo de seda, cortante como una navaja... ¡tenía a un extremo el peso del cuerpo de Sandra! ¡Y al otro la fuerza de las manos de Clark Madison!

Las dos terribles fuerzas unidas hicieron que el cuello de Nikky Palermo, aprisionado, casi se partiera por la mitad. La sangre brotó. El gesto de horror, de angustia, de muerte, no lo olvidaría nunca Madison. Y eso que la muerte ya no le impresionaba.

Con cuidado, arrastró cadáver y cable hasta la bañera. Era una bañera lujosa a la que no faltaban ni siquiera incrustaciones de nácar, una bañera digna de un sultán, Y la verdad era que Nikky Palermo parecía un sultán de verdad, instalado tan ricamente en ella. Pero con el único inconveniente de que estaba muerto.

Al tirar del cable, Sandra había aparecido en la ventana,

Enseñaba todo lo que tenía y algo más, pero eso carecía de importancia. A veces Clark Madison era tan burro que ni se fijó.

Solo la acogió en sus brazos,

Y ambos miraron el cadáver de Nikky Palermo.

Magnífico ataúd el de aquella bañera de gran lujo.

Magnífico paisaje el que había viste morir a los otros.

Magnífica brisa perfumada la que llegaba del mar.

Porque al menos una cosa no podían negar todos aquellos muertos:

Que antes de diñarla lo habían pasado en grande.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.